

EL PENSAMIENTO FILOSOFICO DEL Dr. SISTO TERAN

Por ANA MARIA INTRONA DE BARRAQUERO

PRIMERA PARTE:

I. - UBICACION DEL AUTOR EN SU CONTEXTO HISTORICO Y FILOSOFICO

CAPITULO I

1. — Suscinto desarrollo de la trayectoria doctrinaria, a través de las distintas etapas de la historicidad filosófica argentina

Como se ha señalado muchas veces, una de las notas distintivas de las colonias españolas del Río de la Plata —frente a las de México y Perú— fue su pobreza. Sucesivamente se fundan en penosa labor colonizadora: la primera Buenos Aires (1536); luego Tucumán (1565); Córdoba (1573); Santa Fe (1573); y más tarde la segunda Buenos Aires en 1580.

El choque entre el hombre que traía la civilización europea, y el indio, fue resonante. Mientras el indígena se somete, el español se empapa, casi por ósmosis, del nuevo clima nativo y se sumerge en otra cosmovisión.

De este choque violento entre dos razas tan dispares, nacerá el mestizo: creatura desigual, con características propias, que a su vez deberá enfrentarse con los hijos de españoles nacidos en América. Estos arrastran por sus venas todavía el orgullo español, pero su constitución se ha ido haciendo a la nueva tierra, a la tierra-cuna que los amamanta generosa.

He aquí, entonces, al criollo y al mestizo que, sin saberlo, todavía, se verán enfrentados a una tarea impropia: crear un país, desarrollar una cultura, en suma, fomentar una idiosincrasia propia.

La conciencia descubridora es la del hombre europeo, por consiguiente se trata de la conciencia cristiana. Justamente el descubrimiento y conquista de América, coincide con el florecimiento de la segunda escolástica española y portuguesa, y con un momento de la cultura cristiana en que florecen nombres como los de San Juan de la Cruz, Santa Teresa, Vives, Cervantes, etc.

Aquel momento de la escolástica española prenderá —a su modo— en América. Llegará hasta nosotros para empapar nuestra cultura desde los clásicos nombres de Aristóteles y Santo Tomás, a través de sus seguidores.

La universidad de Córdoba recoge la escolástica y la reedita didácticamente a través de nombres como los de: Cristóbal Gómez, Juan de Albiz, Francisco Burgés, etc. La línea del pensamiento clásico en Buenos Aires, tiene sus representantes en los escolásticos del Colegio de San Carlos: Luis Chorroarín, Mariano Medrano, Diego Estanislao Zavaleta, Valentín Gómez.

Pero el cartesianismo oscurecerá el panorama que iba extendiéndose. La confianza absoluta en la razón y la experiencia, implicarán entonces, la necesidad de que "las luces" de la razón disipen las tinieblas de la superstición en la autoridad divina e, instauren, el reinado del hombre.

Se implanta el iluminismo y aparecerán, entonces, para América Latina: Destutt de Tracy, Cabanis, Condillac, a través de ideólogos como: Lafinur, Fernández de Agüero o Diego Alcorta.

El período que podríamos llamar ideológico, abarca largos años difíciles para el país. A la punta del ovillo, la encontramos en mayo de 1810, con el primer gobierno propio que se permitieron tener las colonias del Río de la Plata. Porque Mayo implica para el país, conquista y lucha al mismo tiempo, puesto que, mientras trata de liberarse completamente del yugo español, se va minando lentamente a través de interminables luchas intestinas.

El problema de unir y mantener unido a tan extenso país, reúne a los argentinos en sucesivas y polémicas asambleas y congresos.

Mayo fue soñado y llevado a cabo por una minoría intelectual porteña imbuída de las ideas liberales europeas. Pero el país, el pueblo todo, aún no tenía conciencia nacional. Por eso, también, las largas luchas interprovinciales por mantener la autonomía, la vieja y tranquila autonomía de cuño nativo; tan propio de las provincias, y, sobre todo, de las más alejadas de Buenos Aires.

De pronto, la crisis hace eclosión, y entonces, se necesitará al hombre fuerte, el encargado de manejar las riendas del gran conglomerado. Por eso aparecerá Rosas como necesario hombre-unidad.

Frente al clima ideológico-nacionalista, había surgido lo que Torchia Estrada llama el "Romanticismo" argentino, a través de las nuevas tendencias espiritualistas, el respeto por la experiencia religiosa, el romanticismo social. Saldrán a la palestra nombres-historia: Echeverría, Alberdi, Sarmiento, Mitre. Más allá de las fronteras del país, estos hombres y muchos otros, luchan denodadamente con una idea fija: liberar a la nación de la "mano dura". Su fogosidad busca las maneras de alentar con sus chispas a los criollos. Las luchas armadas cunden en el país, y la tierra arde.

En este momento la filosofía ya se transmuta en filosofía política: la prédica apasionada —sobre todo en los proscriptos— se ve forzosamente inducida a volverse práctica e insinuante. Palabras de cuna francesa como: "libertad", "igualdad", "fraternidad", adoptan la carta de ciudadanía argentina y, entroncan con el pensamiento de nuestros hombres. Sin embargo, los valores tradicionales del cristianismo, seguirán vigentes a través de nombres como los de: Luis Bonald, José de Maistre, Roberto de Lamennais; y entre nosotros, a través de figuras como: Avelino Piñeiro, Facundo de Zubiría, etc.

Después de Caseros, se produce la reorganización nacional, en gran parte por obra de los proscriptos ya vueltos al país. Luego de realizada definitivamente la unidad nacional, el país cambia: se reproduce y crece a través de la inmigración europea, dinamiza su sangre con sangre nueva, y, luego, se agiganta económicamente.

Las tareas que se impone son claras y llenas de urgencia: vencer al desierto, poblar, incrementar la técnica, alfabetizar a las masas.

El hombre piensa menos y actúa más: tiene que elaborar el esqueleto de un país que se agranda aceleradamente entre sus manos. El pensamiento positivista será sobre todo un pretexto, un medio necesario y no una recreación autóctona pura y especulativamente propia. El pensamiento en marcha, el utilitarismo en acción, caracteriza así al positivismo que vivió el hombre argentino.

En lugar de la religión —supervivencia de un pretérito superado— se alza la ciencia: el "progreso concreto". Se levantan como vallas insalvables, la fundamentación del determinismo y la negación del libre albedrío.

Paralelamente a la secularización progresiva del hombre y de su mundo, se va desarrollando el positivismo. El valor de los sentidos como elemento de conocimiento, está en suba: nada puede saberse que no sea lo dado y sus relaciones. He aquí la puerta abierta

para que se cuele el científicismo y el utilitarismo, junto con el evolucionismo biológico. Estará en baja, en cambio, toda religión que trascienda el ámbito positivo.

Surgen nombres que pasarán a la historia: Florentino Ameghino, Miguel Fernández, Ramón Melgar, Carlos Octavio Bunge, José Ingenieros.

El positivismo de más viejo cuño —el de raíz comtiana— se alza como figura importante en la educación nacional, y no sólo en ella sino también en la vida social y moral. La ciencia, desmenuzada en “hechos” y “leyes”, se comprende y se digiere en cada rincón educativo. Entre muchos otros destacamos a Pedro Scalabrini, Máximo Victoria, Víctor Mercante, Alejandro Carbó, Narciso Laclau, Alfredo Ferreira.

La importancia esencial dada a la persona en cuanto creatura a través de la escolástica, se ve negada aquí, puesto que quien piensa y actúa no es el individuo, sino la sociedad. Podemos seguir el desarrollo de la filosofía positiva a través de la filosofía cientista de Carlos O. Bunge; a través de la filosofía social de Francismo Ramos Mejía o de José N. Matienzo, de Ernesto Quesada, etc. De aquí, al socialismo marxista de Juan B. Justo, hay un paso solamente.

Nos asombrará en José Ingenieros su monismo determinista, que proclama una filosofía del futuro: universal, perfectible, impersonal y antidogmática.

En Buenos Aires, los primeros tiempos de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad, representan a la filosofía positiva.

La reacción contra el científicismo fue intensa y tuvo larga penetración en la Argentina.

Como conocemos la primacía del ser sobre el pensar, puesto que el primero implica y comprende al segundo, debemos apreciar la labor cumplida en este aspecto.

La crisis del inmanentismo tanto idealista como positivista, era lógica: este suelo filosófico, árido en cuanto sin fisuras, no podía llenar las exigencias más genuinas del hombre. Este necesita el suelo desfondado de la Trascendencia donde apoyarse y, desde donde volver a partir, para seguir “re-creando” la creación.

Mientras el positivismo en la Argentina busca la utilización de sus dogmas, puesto que se hace una instrumentación práctica de sus principios, la etapa posterior, aquella que ya nos comprende, muestra una faceta nueva. Nos será más común descubrir hombres dedicados enteramente a la filosofía como tarea misionera de vida. Así surgen las vocaciones y con ellas las especializaciones dentro de la ciencia madre. Justamente, la misma Facultad de Filosofía y Letras de Buenos

Aires, fundada en 1895, al principio impregnada de filosofía positiva, descubre muy pronto una nueva dimensión renovadora. Aparecen nombres como los de: Rodolfo Rivarola, Alejandro Korn, Coriolano Alberini, Alfredo Franceschi, etc.

Liberado de las manos del mecanicismo, el hombre, ya no se verá escindido como sujeto atomizado, sino que se elevará, entendido como una totalidad estructural dinámica. Salvado así de las garras de un científicismo que lo inmovilizara en ente, el hombre, como Lázaro, se levanta y comienza su camino unificado y sustancializado en persona otra vez. Al hablar de persona, sinonimizamos imagen y semejanza; por eso, sin nombrarlo, estará presente el religamiento dialogal con la trascendencia que justamente esencializa al hombre en hombre, dándole una clara unidad de sentido. Este es el pensar que se abre a la Revelación cristiana; implica vitalidad y perennidad constantes debido a la fuente y al fin a los que se acoge.

Cronológicamente, Córdoba es el punto de partida. En la actualidad, algunos, no propiamente filósofos, contribuyeron a crear el ambiente propicio, como: Juan M. Garro, Exequiel Morcillo y Manuel E. Río, entre otros.

Era necesario frenar la enorme corriente materialista y cosmopolitista que, bajo el nombre de progreso, amenazaba con asfixiar al hombre. Estos hombres y muchos otros, buscaron el equilibrio armónico entre el desarrollo material y el moral.

El renacimiento del escolasticismo, opacado hasta principios del siglo XX por su propia falta de vitalidad paralela y, por otra parte, debido a la invasión de diversas corrientes extrañas a él; sobre todo hablamos de su peor enemigo, el positivismo, se produjo siguiendo las prescripciones que diera, para todo el catolicismo, el pontífice León XIII. Es esta bula pontificia (*Rerum Novarum*), la cual fue creada buscando una renovación de la dimensión espiritual del hombre frente a los excesos del positivismo, el origen en que verdaderamente se enraízan las renovaciones de los estudios de la filosofía tradicional. La primera Universidad que pone en práctica la bula de León XIII, será la de Lovaina a través de la iniciativa del cardenal Mercier. En España se destacan: Jaime Luciano Balmes y el cardenal González; en Inglaterra tenemos al cardenal Newman organizando los estudios neotomistas. En Francia encontramos el Instituto Católico de Filosofía de París de donde surgen: Garrigou Lagrange, Jacques Maritain, Etienne Gilson, A. D. Sertilanges. En Italia, los dominicos dirigen el Instituto de Santo Tomás, y se crea el *Sacro Cuore*, universidad florentina.

La tercera escolástica se difunde y llega a nuestro país. En Buenos Aires, se funda en Villa Devoto, en 1908, el Seminario Pontificio para la formación de sacerdotes. Las ideas que de allí surgen se sistemati-

zan en los Cursos de Cultura Católica, fundados en 1922, los cuales, resultan ser una verdadera universidad. Aparecen publicaciones como: "Sol y Luna"; "Ortodoxia", etc. Además se funda en Buenos Aires, el Ateneo de la Juventud. Dentro de la renovación tomista, debemos recordar los nombres de: Tomás Casares, que fue director de los Cursos de Cultura Católica, y profesor de Historia de la Filosofía Medieval, y de Introducción a la Filosofía; además fue miembro del Instituto de Filosofía del Derecho. También en los Cursos de Cultura Católica, vemos moverse a Monseñor Octavio N. Derisi, quien dirige la revista "Sapientia"; a Atilio Dell'Oro Maino; a Juan Ramón Sepich, etc.

También sobresalen los nombres de: Ismael Quiles; Nimio de Anquin, en Córdoba; Leonardo Castellani; Julio Meinville. Por su parte, Monseñor Francheschi, funda la revista "Criterios", en 1928.

Al hablar del renacimiento escolástico, debemos aclarar que nos referimos a un reverdecer de esta filosofía perenne a través de los pensadores argentinos, los cuales, a su vez, acuden muchas veces, a los más destacados escolásticos modernos. Y es que los principios e ideas que cimienta la escolástica, sólo admiten ser sistematizados con mayor claridad y fluidez, a través de nuevas perspectivas apropiadas a nuestra época, puesto que, esta escuela doctrinaria requiere fundamentalmente, fidelidad a su esencia filosófica, inseparable de una fe religiosa.

Esto no quita que, las nuevas formas de encarar la escolástica puedan abocarse a una gran plasticidad en un dinamismo de innumerables nuevas posibilidades de clarificación, análisis, y síntesis.

2. — Contexto cultural y social en que se desarrolla la obra de Sisto Terán

Si queremos seguir el rumbo de la cultura filosófica tucumana, deberemos, para no remontarnos sino al siglo pasado, indicar el nombre de Juan B. Alberdi, con su Fragmento Preliminar a la Filosofía del Derecho, que llena la segunda mitad de aquel siglo; a Diego Alcorta; a Paul Groussac; a José N. Matienzo; a Amadeo Jacques, que se encarga del nuevo Colegio de San Miguel, y le agrega en el 58, una sección de Letras y Humanidades, dirigiendo allí, la primera Biblioteca Pública, fundada por Marcos Paz. Ya dentro del siglo XX, y en 1914, se funda la Universidad a través de la iniciativa de Juan B. Terán. La creación del Departamento de Filosofía, data de 1937.

Reservándonos el derecho de omitir inevitablemente, muchos nombres importantes, logramos destacar con claridad los de: Alberto Rou-

ges, con su metafísica platónico-cristiana; Sisto Terán, como creador de la filosofía aristotélico-tomista; Benjamín Aybars, con su realismo intuitivo, que en 1947, se incorpora a la Facultad de Filosofía. Estos autores conllevan, y, por lo tanto, prolongan y revitalizan, la corriente filosófica hispano-criolla de los siglos XVII y XVIII. Y, dentro del lapso comprendido entre 1905 y 1948, la aparición de nuevos caracteres dentro de la filosofía cristiana de Tucumán, a través de la tirada de nuevas revistas; nuevas instituciones como el Instituto (ahora universidad): Santo Tomás de Aquino, regentado por muchos años por fray Alberto Quijano; el Primer Congreso Argentino de Psicología (Tucumán-Salta, 1954), y nuevas colecciones universitarias. En ese ambiente actúan: Farré, Casas, Goldschmidt, Quijano, Petit de Murat, etc. De inspiración tomista pero de gran amplitud, encontramos a Edgardo Fernández Sabaté, que cultiva la filosofía jurídica; a Gaspar Risco Fernández; a Adalberto Villecco, que trata particularmente el tema del ateísmo. Pero el nombre que nos interesa especialmente y sobre el que queremos detenernos, es el del doctor Sisto Terán.

Mientras las diversas y múltiples corrientes filosóficas interactúan desde los cuatro extremos del país, la tierra argentina se convierte en cuna de las novedades más dispares que inevitablemente lidian en lucha con las viejas tradiciones filosóficas ya vigentes. Pero en 1930, la nación adquiere un fuerte desarrollo de su conciencia nacional y regional.

En el corazón del país, junto al Aconquija, late dinámico, el pequeño-gran corazón de Tucumán.

De los Pirineos franceses que lindan con España, proviene la familia Terán, emparentada con la familia Rouges. De allí se trasladan los Terán al corazón argentino que late cada vez más apresuradamente al ritmo del progreso que crece: Tucumán. La colonización española llega a esta región, a fines del siglo XV.

Encerrada entre las cuatro paredes argentinas cuya tierra se caracteriza por su enorme extensión, potenciales riquezas, y variados paisajes, tiene Tucumán, desde siempre, su propio idiosincrasia.

El caminante colonizador, dejará atrás la pena larga de la Puna, para encontrarse —sorprendido— con la exuberancia de la tierra tucumana. La selva colorida, el azul de los cielos y los ríos, los tonos sombríos de la mole andina, serán mudos testigos del asombro español. Tucumán fue también el nombre con que bautizaron los indígenas a esta tierra.

Y será en esta región, rica y promisoría, donde, en 1914, como digno broche al esfuerzo continuado de sus hombres, será creada, como ya mencionamos más arriba, la Universidad Nacional de Tucumán —que ya en 1912 había empezado a funcionar como Universidad

Provincial— emanada de la particular fuerza creativa de ese tucumano ilustra: el Dr. Juan B. Terán, quien contó con el apoyo de las fuerzas vivas de la provincia para concretar un anhelo y una ardiente necesidad del noroeste argentino. No podemos dejar de nombrar al gobernador, Dr. Ernesto Padilla, que apoyó con entusiasmo esta feliz concreción.

Será en ese Tucumán de fin de siglo, pujante y materialista, al igual que el resto del país, pero que conserva todavía la ensoñación sencilla en que se adormece, pacífica, la vida campesina; en ese Tucumán que mantiene fresco el recuerdo de los amplios pastizales, creciendo suavemente a la luz de un cielo plácido, y los casi imperceptibles pasos del sereno sobre el empedrado desigual a la luz de los faroles callejeros, y a lo largo de las tranquilas casas coloniales; será en ese Tucumán, decimos, que un 1º de enero de 1899, llegará al mundo el Dr. Sisto Terán, hijo, a su vez, del Dr. Sisto Terán, médico, y de doña Dolores Dode.

Recibirá el niño y el joven Sisto, una educación impregnada de fuerte acento pragmatista y positivista, propia del momento que vive el país. Más tarde marcha a Buenos Aires, y allí se graduará de abogado y doctor en Derecho y Ciencias Sociales, en la universidad de la capital.

3. — Sisto Terán como continuador de la doctrina tradicional

Sisto Terán, trabaja en su provincia natal, alejado de la política, buscando rescatar, desde Tucumán, la flor siempre-viva del pensamiento aristotélico-tomista a través de las mismas fuentes, a través de los textos.

Si bien Terán no tuvo vida pública, gracias a la entereza de su personalidad, no dejó de preocuparse de su provincia, y contribuyó, siguiendo la línea de Ernesto Padilla, de los Rouges, a promover los estudios botánicos y zoológicos de Miguel Lillo, núcleo fundamental de la vena científica de la universidad de Tucumán.

Es también su preocupación por el hombre, la que lo lleva a promover la educación primaria, y la asistencia económica de los niños en las escuelas.

Desde su puesto —abogado de ley— busca solucionar los problemas de los cañeros: los hombres del azúcar y el hambre.

Desprendiéndose del ambiente tradicional que traía la corriente cosmopolita desde la capital, busca renovar el materno tesoro de la

tradición española, y la exalta con entusiasmo. La vocación del Dr. Terán, lo lleva a buscar rescatar la arteria nacional —nuestro patrimonio— heredado de España por vía directa. Su sueño es ver al país ubicado firmemente en la red del consenso panamericano.

Con su definido concepto de patria, contribuye a buscar en las entrañas de esta tierra, nuestra propia idiosincracia: así asistimos al relevo del cancionero del norte, cancionero rico, cuya sangre se mezcla con la más pura tradición española de los siglos XVI y XVII.

Pero más allá de estas hondas inquietudes, más allá del mismo y abnegado ejercicio de su profesión, Sisto Terán tiene vocación de religamiento con las fuentes de que mana la vertiente espiritual que alimenta su alma. Por eso rompe con la filosofía que lo nutrió, con el pragmatismo positivista en que fue educado, y busca, afanosamente, el eterno camino de la verdad que late en su interior con una palpitante certeza que es el comienzo de su búsqueda, el punto de partida que lo llevará a desarrollar sus ideas.

Sisto Terán pertenece a una familia de intuitivos y sensibles. Recordemos, por ej., a la figura de Juan B. Terán, de quién dice el profesor Dr. Diego F. Pró: "Juan B. Terán era hombre de grandes fervores, intuitivo, sensible. Representa los estudios históricos. Vibraba ante las cosas, los hombres y las ideas, estableciendo conexiones aún entre las aparentemente más lejanas. Elevaba, transfiguraba y trascendía lo cotidiano. Todo lo que emprendía lo hacía con ánimo alegre, aún en los momentos más difíciles. Sacó la Universidad de Tucumán de la nada, ¡1914! ¡En plena guerra, sin recursos, sin medios, sin profesores, sin nada!"¹.

La fina sensibilidad de Sisto Terán, penetra recta por el camino de la metafísica. El encarna al filósofo en cuanto "exclusivo amator de la verdad", como él mismo dice. Quiere ser un continuador de la "antigua sapientia" o "doctrina tradicional". No busca ponerle un punto final anquilosándola para siempre, sino que intenta recrear, vivificar con nuevos puntos de vista, la verdad de siempre. Así nos dice desde una de sus obras: "Mediante la expresión doctrina tradicional, queremos referirnos puramente a la sabiduría de Santo Tomás, en particular a la sabiduría filosófica del Doctor Angélico, tan indispensable —porque verdadera— sobre todo en esta época de absoluta confusión intelectual y de completa subversión de los valores".

"Y al llamar "aproximaciones" a los ensayos que componen esta obra, descubrimos que el designio común que los inspiró, fue el de

(1) PRO, Diego F.: **Alberto Rouges**, pág. 40.

procurar, —sin mayor aparato—, una serie de ilustrativos contactos con la filosofía aristotélico tomista".²

A esta doctrina "maravillosamente equilibrada y coherente", "fidel traducción de la realidad", dedica Terán sus esfuerzos.

* * *

SEGUNDA PARTE:

II. - EXPOSICION DOCTRINARIA

CAPITULO II

1. — **La filosofía como ciencia superior desde el punto de vista metafísico.**

Aunque la superioridad de la filosofía debiera ser aceptada como axiomática, no sucede así, dice Terán, sino que cunde la desconfianza tan generalizada en la última parte del siglo XIX y primera del XX por el lado del positivismo.

No solamente por el hecho de que la filosofía es una ciencia en sentido estricto, sino además porque su lugar está por encima de las demás ciencias, debería ser una certeza inevitable sobre todo a nivel universitario puesto que esta certeza debe regir la enseñanza superior. Esta se ha ramificado en los últimos tiempos, en las distintas ramas de las diversas especialidades científicas, a través de cuyo aprendizaje, el alumno se va transformando en un ente materialista que sólo busca el aspecto funcional dejando de lado poco a poco todo lo humano porque lo vive como poco exacto y lo siente como arena movediza. Profundiza, en cambio, en áreas cada vez más reducidas y específicas que lo alejan del todo complejo pero armónico, enorme pero siempre interrelacionado, que es, al fin, la realidad concreta.

Aristóteles y el Aquitanense, son los jueces permanentes a que recurre nuestro filósofo tucumano para apoyar sus juicios. Bebe de

(2) TERAN, Sisto: **Aproximaciones a la Doctrina Tradicional**, pág. 5.

la fuente primigénia que es la Metafísica aristotélica, y de sus Comentarios por Santo Tomás de Aquino.

El saber vulgar ignora las causas que lo rigen, no conoce de dónde proceden ni las leyes que las digitan; mientras que la ciencia, el conocimiento científico, es un conocimiento "cierto por las causas".

Sólo sabemos una cosa, la conocemos absolutamente, cuando conocemos sus causas, las que hacen de las cosas, esas que son, y no otras.

Entre las ciencias, la ciencia que en cuanto a causas tiene las más elevadas, es la filosofía puesto que ella posee las primeras, las más hondas, las que arraigan en la esencia del ser. Mientras que las causas inmediatas o segundas, contestan preguntas secundarias y cercanas, las cosas son explicadas a fondo sólo por las causas primeras, más allá de las cuales la inteligencia humana no puede ir.

La filosofía se pregunta por lo que es, pero no en sus determinaciones secundarias, sino en su raíz sustancial, esto es, nombrando al clarificar a las primeras causas. Justamente, al ser el punto de partida del camino develador, surcado por todos los demás conocimientos ciertos pero segundos, la filosofía empalma con la certeza y desde ella se ilumina e ilumina con ella cuanto objeto toca. Su tarea es no alejarse de la verdad y sólo a ella se atiende. De aquí su superioridad y su excelencia, puesto que al conocer con certeza no pueden haber dudas ni cavilaciones ya que éste es el modo más perfecto de conocer.

La filosofía conoce con certeza porque no solamente nos hace conocer, como las demás ciencias, que cierta cosa es, sino además, y sobre todo, nos demuestra "la razón propia por la cuál esa cosa es", de aquí que podamos llamarla sabiduría. Hay que distinguir, claro está, que en cuanto a certezas filosóficas se refiere, lo que es más cierto para nosotros, no coincide siempre con lo que es más cierto en sí mismo. Así, por ejem., si decimos que toda causa segunda es causada por otra, esta verdad es menos evidente para nosotros que la verdad de nuestro propio cuerpo —al cual podemos tocar y sentir—. Las verdades filosóficas son así más elevadas, menos tangibles, más formales y requiere mayor espíritu de abstracción para captarlas.

Es por ésto, que la filosofía, es terreno movedizo para muchos puesto que asumirla cabalmente, entendiéndola, es un quehacer nada fácil. Por el contrario esta tarea requiere tenaz búsqueda sin desvíos, de la verdad más certera.

En cuanto toda ciencia conoce lo universal, y no lo particular, lo individual —propio ésto del conocimiento dado sólo por los sentidos— la filosofía, ciencia entre las ciencias, es además, superior en-

tre todas ellas porque conoce lo más universal. Esto es así porque abarca con el foco de luz de su conocimiento, al ser entero y no a partículas de ser: a la existencia y esencia del ser en general y sin determinaciones, las cuales lo especifican, parcializándolo. El conocimiento filosófico, tiene así un carácter de necesidad puesto que, su objeto —el ser—, es también necesario y no contingente como los objetos conocidos por las otras ciencias. Además, este objeto que es necesario, es, por ende, universal.

No hay así variantes respecto a lo universal porque en toda época y en todo lugar, en todo espacio y en todo tiempo, el ser se mantiene siempre igual a sí mismo.

Por ser universal el objeto filosófico, es que su causa nos es comprensible en cuanto clarificadora y superior. A lo universal se atribuyen las determinaciones por esencia, y no por accidente como a lo singular. Lo universal es causa, y como la ciencia conoce su objeto por causas, es así que encontramos otra vez que la ciencia conoce lo universal: no hay ciencia de lo individual. Lo singular sólo ejemplifica y nombra casos de un mismo objeto universal, sólo especifica un conocimiento sin dejar, por eso, de ser contingente. Lo contingente es el ámbito de los sentidos, de los cuales se aleja el intelecto abstrauyendo sus caracteres esenciales para elaborar la ciencia, aunque los haya tomado como punto de partida.

Los seres múltiples que pueblan el universo, son el puerto primero donde ancla, curiosa y penetrante, la inteligencia del hombre captando lo común en lo numeroso, así aves, mariposas y las flores de un prado, se convierten en la materia prima que esponja el entendimiento para capturar su existencia como nota propia que los comprende a todos ellos. Luego de haber abstraído las notas inteligibles, la inteligencia las expresa también por imágenes de que hizo acopio gracias a los sentidos que almacenan sus variados materiales.

Pero la ciencia, para ser tal, no puede nunca estudiar un objeto individual directamente sino en lo que él tiene de esencialmente representativo dentro de la especie a que pertenece, aunque esta especie no se realice sino en un único individuo.

Como la ciencia lo es de lo universal, será ciencia superior a las demás, aquella que verse sobre los principios más universales, por eso, la filosofía, que estudia al ser en tanto que ser, aplicándose a sus propiedades trascendentales, a su esencia, existencia, etc., es la reina de las ciencias en cuanto a la universalidad de su temática. Ningún otro estudio más específico y determinado, puede ser hecho con verdadera propiedad, si faltan estos pilares filosóficos que sostienen toda construcción cognoscitiva. Todas las demás ciencias se apoyan

en estas columnas fundamentadoras pues sus objetos son siempre parciales y relativos a aquellos primeros principios sustentadores de toda lógica.

Todos los seres caen dentro del marco filosófico pero englobados en una generalidad profundamente racional que los comprende abarcándolos y aprehendiéndolos en una unidad de contenido, la cual implica su universalidad y sus demás notas esenciales. La filosofía se pregunta: ¿Es posible el conocimiento; es necesario?; ¿cuál es su origen?; etc. Estas preguntas prístinas cimentan toda posterior elucubración porque enraizan en la base del ser. A nivel racional, es primeramente la filosofía quien dá a luz al ser develando su ser-así-y-no-de-otro-modo. Luego, las demás ciencias se encargan de vestirlo con los más diversos ropajes determinativos que lo perspectivizan matizándolo en sus múltiples posibilidades.

Pero, si bien es la filosofía quién descubre primigeniamente al ser, el camino de que la mente humana utiliza para llegar a esta primera verdad, parte de mucho más abajo: en este tránsito descubrimos a los sentidos jugando el papel de primeros aprehensores de los contenidos más inmediatos y concretos del ser: sin su concurso no podríamos escalar el monte que nos lleve a la cumbre de la inteligibilidad. Ellos son los primeros escalones, los necesarios pasos que el humano transeúnte del ser, tiene que caminar para, munido del material que los sentidos le dan, seguir ascendiendo por el difícil camino de la abstracción. Mientras que las cosas universales son en sí mismas más conocidas que las singulares, nosotros, en cuanto criaturas de imperfecta inteligencia, debemos arrancar de lo más cercano a nosotros: las cosas contingentes y singulares que nuestros sentidos nos enseñan.

Mientras dentro de la perfección total del universo, cada cosa tiene una perfección específica dentro de la perfección que corresponde a lo creado; hay un ser, uno sólo, que puede hacerse cargo de toda perfección sin ser en sí mismo perfecto aunque sí dentro de su creaturidad. Al conocer, el hombre es consciente del objeto conocido; de alguna manera, este objeto le pertenece por el derecho que le da su inteligencia. El hombre puede "ver", es decir, develar; es la criatura que desde su propia existencia y como característica fundamental de su esencia, puede re-crear al universo al conocer, por medio de su inteligencia, a los otros entes. Por estar tocado con la luz de la razón, puede participar de lo que son los demás seres.

Nuestro autor, citando a A. D. Sertillangés, en **Les Grandess Théses de la Philosophie Thomiste**; París; Blond et Gay, 1928, transcribe: "Soy yo y no soy un otro; tengo conciencia de mi identidad, de mi unidad, es decir, de mi distinción de todo, de mi oposición a todo.

Empero, cuando abro los ojos, cuando miro, oigo, palpo, huelo, gusto o pienso, ¿no estoy en relación íntima y unificante con otra cosa que yo? Tengo el sentimiento inmediato de esa otra cosa invasora. Devengo algo exterior, puesto que lo experimento, lo vivo, como un do'or o una alegría secretos. Mejor aún, no sé que existo sino por esta invasión que, provocándome a vivir de la vida que me trae, me hace volver sobre mi mismo".³

Es así que el conocimiento —magnífico instrumento que el hombre posee— se convierte en una dimensión fundamental del existir que transforma la vida humana en una convivencia con las cosas, con el universo que las rodea, enfrascándolas en una circunstancia, la suya. Su relación principal con ella consiste en este ininterrumpido e irreversible quehacer que es ser él mismo, rodeado de los innúmeros objetos que no son él, a los cuales conoce o tiene la posibilidad de conocer a cada instante.

En cuanto lo material es inferior a lo inmaterial, es característica esencial del conocimiento para ser verdaderamente tal, el ser inmaterial. En cambio, los objetos, que el sujeto cognoscente aprehende son materiales e incapaces de conocer, incapacitados por su materialidad para tal función.

Por otra parte, Aristóteles y Santo Tomás repiten constantemente que, si el objeto está en acto, si existe ahora, es posible conocerlo. Si estuviese en potencia, no podría ser cabalmente conocido. Las cosas materiales son inteligibles sólo en potencia, y necesitan, para devenir en acto, que las hagamos cognoscibles por medio de nuestro entendimiento. En cambio, las cosas inmatrimales son inteligibles por ellas mismas. Así, Dios, Acto puro y pura inmaterialidad resulta ser el Sumo cognoscible, como así también, el Supremo cognoscente.

Resumiendo: las cosas mayormente inteligibles son aquellas que están más separadas de la materia. De aquí que la filosofía sea la ciencia más inteligible puesto que su objeto está muy lejos de la concreción material como le sucede a otras ciencias. La operación abstractiva que utiliza la filosofía, es el bisturí que corta lazos con la materia. Concluyamos, entonces, con este otro motivo por el cual esta ciencia es superior a las demás: sus objetos son los menos materiales y los más inteligibles. Cada ciencia está fundamentada por otra, no así la filosofía —la supremamente libre—, que es fundamento de sí misma. De aquí el valor de los antiguos griegos que otorgaban la su-

(3) TERAN, Sisto: **Superioridad de la Filosofía sobre las demás Disciplinas Humanas desde el punto de vista de la Ciencia misma**, en Revista "Ortodoxia", N° 4, pág. 274.

perioridad a la vida contemplativa, ya que la filosofía frecuentada por ellos, al no ser una ciencia pragmática, los atraía con el lujoso imán de ser sabiduría buscada por sí misma y no por fin utilitario alguno ¡Qué admiración la de Platón y Aristóteles al descubrir objetos de pensar que llevaban la libertad de ser enquistada en su misma esencia! Desprendida de necesidades mostrencas, la suprema sabiduría los ennoblecía al participar de ella y los alumbraba en cuanto los extraía de la noche de la ignorancia, cuna del desasosiego. Aquellos sabios griegos se convirtieron en "amantes de la sabiduría", en sus rendidos admiradores, es decir, en filósofos. No es sólo propio de la filosofía el ser una ciencia especulativa, también otras ciencias pueden ostentar este título: son las así llamadas ciencias especulativas que podemos dividir —separándolas— de las ciencias prácticas.

En las ciencias especulativas el fin que se persigue es la verdad como fin último, mientras que las ciencias prácticas trabajan con miras al obrar, las mueven intereses inmediatos. Claro que, las ciencias especulativas, al buscar la verdad, también de alguna manera obran, realizan una cierta acción pero siempre libres de "telos" prácticos. Ambos grupos de ciencias buscan saber pero sus fines son diferentes. Por ej., es especulativa la Geometría, que estudia las propiedades y medidas de la extensión, aunque estos conocimientos luego puedan aplicarse secundariamente a la práctica. Y es práctica, por ej., la Medicina que investiga las enfermedades del hombre y como curarlas, aunque, a su vez, estos conocimientos puedan no ser aplicados en la práctica, en una actividad utilitaria.

Como en una escalera, las ciencias prácticas se van apoyando de acuerdo a su mayor o menor practicidad, en las ciencias especulativas cuyos conocimientos presuponen. De aquí que los escalones más altos, están dados por las ciencias menos prácticas y más contemplativas.

El hombre encuentra su felicidad en el pensamiento puro, y no en el obrar consecuente. Es en el alma dialogando consigo misma, donde reside el hontanar de la paz y el autoacuerdo. Cuando el hombre ya no corre tras los fines utilitarios, cuando por fin puede detenerse y profundizar, es cuando el equilibrio se restaura y brilla el ser a través de su contemplación desinteresada.

La filosofía es la más libre entre las ciencias especulativas porque es la que investiga las más elevadas causas y el fin universal de todo; todos los otros fines que se dedican a buscar las demás ciencias, se ordenan a este fin universal a que la filosofía tiende. El fin es causa puesto que es aquello que hace que alguna cosa se haga. Así el amor a lo divino es el fin general que mueve al sacerdote. El fin es el principio que hace que tal o cual cosa se ponga en mo-

vimiento. Podemos aquí también notar, como coincide nuestro autor con el pensamiento aristotélico-tomista.

Aunque cada ciencia es autónoma en su objeto y desarrollo, ésto no quita que las ciencias particulares estén subordinadas indirectamente a la filosofía, que las "gobierna" desde su altura metafísica y las utiliza frecuentemente instrumentando sus objetos para estudiarlos desde su punto de vista fundamentador y esencializante. El hombre, por ej., se convierte entendido por la filosofía, en el ser inteligente que tiene una causa propia en cuanto existente y, posee a su vez, una esencia muy diferente a todos los demás entes. También en el hombre se hacen concientes las preguntas fundamentales que lo esencializan en tal ser: ¿por qué?; ¿para qué; ¿hacia dónde?; etc. Es distinto este mismo hombre estudiado por la Anatomía, por la Estética, por la Ética o por la Psicología, ciencias estas, cuyos objetos son específicos y, por lo tanto, claramente determinados y limitados.

Las proposiciones de las ciencias particulares, ilustran y ejemplifican las verdades filosóficas, siempre dentro de su relación con la filosofía y no desde el punto de vista de su autonomía en que sus funciones son completamente diferentes: las propias del objeto de cada ciencia. También sirven para confirmar las funciones de la filosofía. Aclaramos: **confirmar**, porque las verdades filosóficas no necesitan de las proposiciones de las otras ciencias para ser establecidas puesto que, como ya sabemos, la filosofía se basta a sí misma.

Como la filosofía contribuye a delimitar los campos de cada una de las demás ciencias en cuanto a sus objetos, tiene también una función ordenadora, legisla y ordena zanjando dificultades de límites y jurisdicciones. Así cada ciencia logra su unidad y sobre todo su lugar entre las demás ciencias constituyéndose un delicado tejido —elaborado sistemáticamente— y escalonado de acuerdo a su mayor o menor especificidad y concreción.

Las verdades de las ciencias son más o menos evidentes o inmediatas para la inteligencia humana, por eso, la filosofía, reduciendo los principales postulados que rigen a cada ciencia a los primeros principios de la razón que ello domina como pez en el agua,, contribuye a aclarar, a poner luz, sobre aquellas verdades que aparecen oscuras a simple vista por tener, en sus esqueletos lógicos, adherencias menores que contribuyen a privatizar de sentido a los principios racionales que rigen a esas ciencias, Por digitar los primeros principios del ser, es que la filosofía se hace acreedora a poder juzgar con exactitud las proposiciones de todas las demás ciencias humanas. Esto no quita que cada ciencia sea autónoma dentro de su jurisdicción y posea la libertad para investigar su objeto con método propio, y sus objetivos, distintos a todos los propuestos por las demás ciencias.

La incomparable libertad de que goza la filosofía, la convierte en meta ansiada por los estudiosos llamados por su vocación filosófica, pero, desgraciadamente, el hombre está atado a mil circunstancias menores que le impiden a su vez la libertad necesaria para dedicarse por entero a este especialísimo y superior quehacer. La dignidad de su objeto y la fuerza de su certeza hacen de la filosofía la ciencia superior. No importa que la inteligencia humana dude muchas veces de alcanzar la certeza filosófica. Lo esencial es que, en cuanto la filosofía posee en sí misma la certeza superior, es la más noble de las ciencias, la más elevada, y por ende, la más digna de estudio y dedicación.

Alcanzar la verdad o acercarse a ella, que es de alguna manera una forma de poseerla es la aspiración más auténtica y profunda del hombre en cuanto creatura: el conocimiento de la verdad, lo religa perspectivamente con su Creador. El hombre tiene hambre de verdad porque es un ser imperfecto, incompleto, que tiende, aunque no la alcance, a su perfección. Este apetito de verdad es una de sus dimensiones constitutivas. Recrearse en la verdad, es restituir el diálogo unitivo con el Creador, con ese Dios que es justamente la Verdad pura, total y perfecta.

Incluso la filosofía llega a plantearse como objeto de conocimiento a ese Ser por excelencia, y aunque lo conozca sólo imperfectamente y a la luz natural de su razón contingente, el fin que se propone, ya justifica su seguramente incompleto conocimiento. El único espíritu que puede conocer exhaustivamente a Dios, es quien se identifica con la verdad total, o sea, Dios mismo. De aquí que Terán califique a la filosofía como ciencia verdaderamente sobrehumana.

2. — Las facultades del alma

Los hombres producimos operaciones vitales, por ejemplo, sentimos, queremos, pensamos. De estas operaciones tenemos conciencia como procedentes de nuestro yo. A estas operaciones —dice Terán—, podemos llamarlas “potencias” o “facultades”.

Remontándonos a Aristóteles, recordemos que todo ser puede encontrarse en potencia o en acto. Potencia y acto son dos conceptos trascendentales, superiores a todo género, a los cuales no se puede definir cabalmente pero sí comprender. Las cosas que “ya son”, son las que están en acto, mientras que las que “tienen capacidad de ser”, están en potencia. Sin duda, el ser posee más perfección que la sola posibilidad de ser. El acto implica mayor perfección que la potencia, la cual conlleva, de alguna manera, la ausencia de ser. Pero la potencia tiene su aspecto positivo en cuanto es más perfecta que

la nada; implica posibilidad, tendencia a llegar a ser, mientras que la nada a nada conduce.

El acto completa al ser en aquel aspecto en que subsistía imperfecto por la falta de aquella dimensión que el acto le otorga.

La potencia no puede darse por sí misma la perfección que le falta pues no tiene esta capacidad de transformar su pasiva indeterminación en determinación activa que la eleve.

El acto es, lógicamente, anterior a la potencia, aunque a nivel material, la capacidad de ser algo es anterior al serlo de hecho: es claro que el huevo es anterior a la gallina que saldrá de él, pero siempre presuponiendo otra gallina que haya puesto dicho huevo.

A las facultades del alma se les llama potencias en cuanto principios de operación; con el vocablo potencia, se busca denominar a las facultades como activas.

El problema consiste en preguntarse si las facultades son realidades distintas a la esencia del alma, o si se confunden con ella. Si fueran reales distintas, esto no significaría separación del alma a la cual pertenecen.

La problemática estaría ejemplificada al intentar preguntarnos si la inteligencia, la voluntad, etc., tienen su propia existencia como distinta del alma misma de la cual dimanar, o si son sólo vocablos vacíos con los que nombramos a los distintos aspectos del alma misma.

Siguiendo la línea del pensamiento filosófico aristotélico-tomista, se puede decir que las potencias del alma no son sustancias sino realidades accidentales puesto que necesitan fundarse, asistirse en una substancia que la sostenga. La substancia tiene la capacidad de existir por sí misma y en sí misma, mientras que el accidente no existe en sí, sino en otro ser que lo soporta. Así, un vaso es una substancia que existe por sí misma, independiente de cualquier otro objeto, mientras que el que sea rojo, el que contenga líquido, o el que sea de plástico, son accidentes que —como las ramas del árbol necesitan de éste para ser— aquellos son gracias al vaso-substancia al cual cualifican al determinarlo. La substancia necesita a sus accidentes para ser tal cual es, pero no los necesita esencialmente, sino como soportes contingentes que la matizan de tal o cual manera.

Las facultades del alma, aunque son aptitudes activas de la substancia única que el alma es, no pueden subsistir por sí mismas, sino que aquellas la sostiene y se conduce a través de ellas en cuanto accidentes operativos. La inteligencia y la voluntad por ejemplo, son los instrumentos que el alma posee para actuar. Pero también el alma es la fuente de donde absorben la energía las distintas facultades

que le sirven obrando a su arbitrio. En todo ser creado, y el alma es uno de ellos, el obrar se distingue del ser. Que el alma exista, no es lo mismo que el alma obre o actúe. La esencia del alma no es su fuerza de acción. Aquella debe ser necesariamente diferente de sus facultades operativas. Múltiples pueden ser las operaciones de un alma activa.

Mientras la existencia es la actualización de la esencia, la operación no puede actualizar la existencia. Lo que hacen las facultades, es partir de la existencia del alma para actuar desde ella. La actividad de sus facultades, es intermitente: siempre tienen ellas capacidad para actuar pero no lo hacen en todo momento, no siempre el hombre está por ejemplo (está) conociendo. Pero, como ya vimos, el alma misma no es intermitente en su existir: ella existe durante toda la vida del hombre, y más allá de ella, sin interrupciones.

Las facultades son principios operativos reales que en cualquier momento pueden emitir actos a través de los cuales son conocidas dichas facultades. Estas no son abstracciones huecas, palabras sin respaldo conceptual y concreto; por el contrario, ellas producen los hechos psíquicos dándoles vida.

Las facultades del alma se distinguen entre sí. En cuanto a la potencia que ordena el acto que es su razón de ser, sólo frente a la perfección que es conocer tenemos la idea de poder conocer. La naturaleza de la potencia debe corresponder a la naturaleza del acto al cual se ordena. Si hay actos distintos, se darán también las distintas potencias respectivas a cada acto diverso. De hecho se da una enorme cantidad de actos distintos entre sí, puesto que es evidente que nuestras operaciones psicológicas son múltiples y variadas. Por ejemplo, hay gran diferencia entre el objeto formal del entendimiento y el objeto formal de los sentidos. El objeto de la sensación es un ser concretísimo, inmediato y particular; es el objeto matizado por el caleidoscopio de los sentidos que lo insumen de particularidades, las cuales lo convierten en individual y único.

En cambio, el objeto formal del entendimiento, ha sido desprovisto de las particularidades que lo singularizan y se ha convertido en la esencia abstracta, universal y necesaria de todos los seres individuales que entran dentro de su comunidad, por lo que les es común.

Queda claro que las potencias del alma son realmente distintas entre sí. Hay una influencia recíproca entre las distintas facultades: algunas potencias del alma mueven efectivamente a otras: por ejemplo, las sensaciones mueven a la voluntad. Tales facultades son distintas a las potencias por ellas movidas, puesto que quien mueve —en este caso la voluntad—, tiene una perfección: el estar en acto exis-

tiendo que, quien es movido, —en este caso la sensación—, no posee, puesto que si esta facultad necesita ser movida, es porque tiene posibilidades de llegar a ser actuando y no es aún, está en potencia operativa.

Las facultades del alma por ser distintas, interaccionan unas con otras, colaborando en su obrar, sin dejar por eso de estar integradas en la unidad substancial que el hombre es.

También entre el alma y sus facultades hay una distinción real. Genéricamente el alma es substancia, mientras las facultades son accidentes.

Aunque muchos escépticos lo quieran, no puede negarse la realidad substancial del alma. Los actos psíquicos no existen por sí mismos sino que necesitan la existencia de una substancia que existiendo por definición en sí misma, los soporte como a sus accidentes. O sea, que los actos psíquicos deben, necesariamente, provenir de la dimensión intencional del alma que, a través de ellos, existe actuando y realizando su esencia.

Cuando tenemos conciencia de actos psíquicos, ya sea imágenes, ideas, etc., siempre se nos ofrecen como dimanantes de la conciencia que los sustenta, pero nunca obtenemos testimonios aislados de las distintas funciones psíquicas. El hecho de que percibamos, a través de la experiencia interna, distintas operaciones psicológicas como nuestras, es la prueba más evidente de la maternidad común de la conciencia que produce tales operaciones.

Además de la unidad de la conciencia tenemos el testimonio inmediato de su unidad histórica, siempre ella misma a través del tiempo, con su permanente identidad, a lo largo de la duración y modulada, al mismo tiempo por sus cambiantes operaciones que la conforman y la recortan a través de su transcurrir.

El "yo" es permanentemente uno pero también activa causa de los distintos fenómenos psicológicos que se van sucediendo en la conciencia.

La conciencia nos hace caer en la cuenta de la substancialidad del alma, propulsora constante de toda la dinámica vida psicológica a la cual sobrevive, siempre idéntica a sí misma. La substancialidad de la conciencia, hace posible por ejemplo, la memoria, el recuerdo, la evocación de nuestra infancia como nuestra, o el anhelo de nuestra posible futura madurez espiritual como propio. Gracias a la continuidad del yo, podemos avanzar en nuestros razonamientos que se van encañando, y por ende, ampliar nuestros conocimientos enriqueciéndonos.

Finalmente llegamos a la conclusión de que la substancia se dis-

tingue realmente de los accidentes porque: los conceptos distintos obedecen a realidades respectivamente distintas y ya vimos que los conceptos de substancia y accidente son adecuadamente distintos, por lo tanto sus realidades también lo serán. Así, el accidente determina a lo determinable, es decir, a la substancia, cualificándola de distintas maneras. No es lo mismo cualificar que ser receptáculo —aunque activo— de cualificaciones. Si hay una acción substancial eficiente sobre los accidentes es porque éstos tienen, a su vez, una disposición accidental que les es propia y a su vez distinta de la substancia misma.

Demuestra así Terán, siguiendo el camino trazado por la doctrina tradicional? 1) La realidad de las facultades del alma; 2) la distinción real de las facultades entre sí; 3) la distinción real entre el alma y sus facultades.

3. — El ser y su dimensión temporal

La filosofía, en el pensamiento de Terán, por ser conocimiento cierto por sus causas si quiere ser saber riguroso, verdadero, develador de la realidad debe tener en cuenta imprescindiblemente si su punto de vista es acertado, si sus premisas son exactas, si tiene una buena base intelectual, que, al mismo tiempo, encaje exactamente con lo que es. En caso contrario la mejor construcción filosófica caerá por estar desfondada en sus cimientos.

Entre los principios que deben ser piedra basal de cualquier elaboración filosófica, se cuentan los juicios aseverativos que comulgan con ciertas determinaciones del ser. El ser de la realidad física, e inclusive todos los demás seres finitos, devienen, cambian, se mueven, al revés del único Ser infinito, Acto Puro, Dios, que es inmutable lo que no obsta a su actividad y a su Providencia.

La misma naturaleza, creada por Dios, es principio de movimiento. Los distintos seres creados, conllevan cada uno sus gérmenes, sus potencialidades que, a través de su devenir, se van desarrollando energéticamente, dando lugar en ellos mismos a precisas transformaciones.

El devenir no puede subsistir sin un ser que sea su continente y su causa; el cambio, sin un sujeto que cambie es inadmisibile.

El cambio mismo es cierto que se da pero en el tronco de un ser los sustenta y como paso de una manera de ser a otra, lo cual a veces implica que tal ser se convierta, al devenir, en tal otro ser, como sucede por ejemplo, con la semilla que deja de serlo al crecer, para convertirse en árbol.

Hay una unidad y continuidad universales en la creación. Cada ser está relacionado con otro. Hay una ordenada concatenación que

dimana del Supremo gobierno del mundo. Por otra parte, el movimiento, requiere para ser tal, la permanencia del ser, que, así pasa. El cambio se produce en el regazo de un ser que es durable y perdura más allá del camino mismo. Utilizando, como vemos el lenguaje aristotélico-tomista, Terán defiende, frente a Rouges y bajo el movimiento al ser-substancia, al ser que subyace y soporta todo cambio en sí mismo permaneciendo de cualquier manera el mismo ser en sí, igual a sí mismo. Los cambios son entonces, accidentales a la realidad del ser substancial. No puede haber contradicción en que se produzcan cambios en un ser que permanece substancialmente él mismo, porque el ser en acto que se transforma proviene, no de la nada, sino de otro ser en acto que estaba en potencia de llegar a ser.

En el ser laten gérmenes a desarrollarse temporalmente. Las potencialidades del ser en cuanto posibilidades son innumerables.

El poder ser, el ser que no es todavía, no es ser en acto pero tampoco implica la nada del no ser, sino una dimensión fundamental del ser que es la potencialidad. Por ejemplo, un niño de pecho, no camina ni habla pero existen en él energías potenciales que le permitirán en su momento, actualizar estas capacidades latentes. Cambiar es transitar desde cierta indeterminación a su determinación correspondiente. Por ejemplo, el trabajo del pensamiento humano encierra en sí mismo, tantas posibilidades, que al ir transitando por caminos de develamiento en búsqueda de la verdad, va dejando atrás innumerables potencialidades que van cuajando en certezas activas.

Si tomamos al tiempo como la realidad-duración en que el ser se mantiene y desarrolla, podemos valorar su significado de recipiente o forma dinámica indispensable que conforme la realidad en que el ser da. El tiempo es su complemento natural. Las especificaciones del ser, son históricas y, no puede concebirse, una realidad atemporal. De esta manera no habría mutaciones al faltarles el elemento vital: estaría excluido el movimiento como determinación del ser.

En las mismas mutaciones físicas, podemos leer claramente el paso del tiempo que transforma a los seres en su devenir. El presente es el punto de partida para comprender el pasado temporal que lo precede, y para presentir, el futuro cercano que está potencialmente en vías de suceder.

Los seres coexisten sin que la existencia de uno implique la negación del otro puesto que, "de facto", existen muchos seres que no se dan en sucesión sino en el mismo lapso. Esto no quita que el tiempo implique sucesión; muchos seres se dan antes, y muchos seres se dan después que otros.

Las partes del tiempo: pasado, presente y futuro, nunca pueden

coexistir, sino que se van sucediendo y conformando así el tejido durativo: un antes, un ahora, un después. Por ejemplo, a través de una narración los actos de pensamiento que la conforman se van sucediendo prolijamente en el tiempo ordenador. Este mismo tiempo, es el que da sentido a los distintos momentos narrativos que, al sucederse cobran forma, vida, color y, sobre todo significación. Es este mismo tiempo el que va derivando a la narración en sucesivos puertos de desenlace, los cuales conllevan, cada uno su intencionalidad de concatenación prevista. Luego será a través de este transcurso temporal, y guiado por él, que la narración adquirirá un sentido teleológico final que completará la trama argumental, al tiempo que le da organicidad y equilibrio internos.

Cuando la inteligencia comprende un todo, el trabajo racional que realiza, es sucesivo y nunca simultáneo. A través de la duración temporal, el todo se va desenvolviendo para el entendimiento, de una manera progresiva y ordenada a los distintos momentos temporales.

La inteligencia del hombre, se mueve por pasos elaborativos que pueden ascender en el grado de abstracción, pero no le es dado al humano ser, lograr una comprensión de un todo que implique demostración, en una sola visión del alma, en un solo movimiento de su entendimiento. La inteligencia humana necesita el tiempo como punto de apoyo donde ubicar el pie de su intelecto, que, gracias a los sentidos y al material que éstos recogen para él, puede ir ascendiendo siempre progresivamente, paso tras paso, hacia las alturas metafísicas si se lo propone.

Las especies inteligibles son múltiples, por ende, múltiples son también, las operaciones intelectuales siempre sucesivas, que pueden darles **caza**.

También la vida espiritual se desenvuelve en el flujo temporal. Se van dejando atrás vivencias que son reemplazadas por experiencias que se actualizan. Luego, estas últimas, son postergadas por otras que las sustituyen, o están en vías de sustituirlas en un futuro inmediato.

Todo lo contrario, entonces, la temporalidad a la eternidad que, careciendo de sucesión, existe toda entera a la vez. La fijeza y la inmovilidad la caracterizan; el tiempo no la toca, le es ajeno.

La eternidad es medida adecuada a quien la posee: Dios. En este aspecto, no hay oposición ni analogía entre el Creador y las creaturas.

Al necesitar la inteligencia humana del alimento substancial, cual es el material que le proporcionan los sentidos, es también desde este punto de vista irrefutable, que necesita del tiempo, fuente donde la vida sensible, concretamente deviene y dura. Nuestro espíritu necesita

las temporales representaciones sensibles para entenderse a sí mismo a través de estos "phantasmas" expresivos y clarificantes.

Estas imágenes sensibles, necesitan del tiempo para desarrollarse y ayudar al intelecto a construir sus elaboraciones sucesivas y graduales. Si se toma el tiempo en su totalidad formal, si se lo caracteriza con todos sus elementos en acto, el tiempo así considerado, necesita al espíritu que, utilizando el instrumento que la memoria es, conserve el pasado, y que, apoyándose en la previsión, anticipe el futuro. Este presente de las cosas pasadas y de las cosas futuras, sólo se da a nivel del espíritu, nunca en la realidad.

4. — **Relación del arte con la filosofía**

¿Es posible encontrar rastros de filosofía en la obra literaria?

Este tema es candente en nuestro autor porque le llega con claridad la decepcionante tendencia del mundo moderno a desvalorizar toda tarea filosófica, encasillándola con torpeza, en el lugar de un pasatiempo superior sin utilidad alguna.

La filosofía tiene el papel de fundamentar el espíritu del hombre al justificarlo a nivel inteligible. De aquí que la filosofía sea —como ya vimos antes—, la ciencia de las ciencias, la primera y más profunda, el hontanar causal del intelecto que, bebe de sus verdades para, en este momento, poder establecer los primeros principios de las ciencias positivas, y luego desarrollar sus diversos contenidos específicos.

De no existir la filosofía, las ciencias positivas estarían desfondadas en su base y, por lo tanto, no fundamentadas.

Puede existir filosofía entretejida en las fibras de la obra literaria, siempre y cuando, el autor no haya querido filosofía expresamente, sino dar libre curso a su vocación artística, al expresar sus pensamientos.

La filosofía, que es una ciencia, y la literatura que es un arte, pertenecen a dos órdenes distintos. Mientras que la filosofía busca la verdad, el artista corre tras la belleza. Pero que sean dos órdenes de valores distintos los que mueven a estos dos personajes, no implica que el artista no tenga algo de filósofo pues —al buscar recrear la belleza que lo rodea y lo implica— ha debido buscar y admirarse, asombrándose ante la belleza encontrada y contemplada. Esta búsqueda, este amor por lo bello, es ya un querer saber que remonta al artista a las cumbres de las verdades más hondas. En general, lo que ve a simple vista, no lo satisface, sino que se adentra profundizando en la realidad para rescatar las vetas más preciosas de lo que existe, y luego, testimoniarlo.

El hombre, es una pura sed de saber, lo posee un hambre de infinito que o acompaña a lo largo de toda su existencia; negar esta vocación innata, es negar lo más pristino de la esencia humana.

Desde cualquier campo de conocimiento en que trabaje, desde cualquier ángulo vivencial en que se encuentre, el hombre conlleva dentro suyo esta vocación de claridad que lo impulsa y lo mueve.

La filosofía personal de cada artista, se refleja inevitablemente en su obra, pues, al trabajar, no puede evitar plasmarse al estampar lo que escribe. No olvidemos que el hombre es una unidad que no puede disgregarse en funciones mostrencas.

A través de las imágenes y figuras literarias, a través de las peripecias vividas por distintos personajes, podemos leer entre líneas la concepción filosófica que es propia de su autor.

El poeta, por ejemplo, es un pastor del espíritu aunque, al revés del filósofo, lo entrevea en signos más sensibles, en imágenes más concretas, o buscando deslindarlo en la expresión de los distintos sentimientos.

Arte y filosofía, son sólo distintos escalones, distintas perspectivas, que intentan alcanzar la verdad, aunque el arte la busque a través de la belleza a la que aspira. Así, las figuras heroicas y caballerescas de Cervantes, o los personajes torturados de Dostoievsky, implican diversas cosmovisiones que dimanan de los autores referidos. No son ordenados sistemas literarios los que podemos encontrar como doctrinas en los distintos géneros, sino sólo esbozos, rasgos, de los que podemos extraer el pensamiento filosófico del autor. Estos reflejos están sabiamente esparcidos en toda la obra. Son los pilares que sostienen el trabajo literario, el esqueleto racional que lo sustenta y lo abriga, evitando que el autor caiga en vacíos lugares comunes o en deshilvanados razonamientos.

Las mismas orientaciones éticas y estéticas, se desprenden de la propia obra para el lector atento que, puede así conocer, los principios que sustenta el autor en ciernes. Muchas veces, el escritor desconoce la filosofía que late oculta bajo los velos artísticos de su obra. Inconscientemente su verdad se traduce sin él saberlo.

Difícil es gozar plenamente de la belleza estética, si al mismo tiempo pretendemos aprehender su médula filosófica subyacente. La contemplación de la obra de arte, invade los sentidos provocando una delectación sino pasiva, por lo menos bastante alejada de la pura tarea intelectual, la cual requiere mucha más actividad abstractiva. Expresar lo que inteligiblemente sentimos ante la obra, no es un quehacer simple.

Es sobre todo a través de la intuición, que la inteligencia capta en lo sensible, en la materia artística, su contenido esencial. Los razonamientos se dejan de lado para gozar de la captación intelectual inmediata. La belleza es aprehendida a través de una toma de conciencia imponderable.

El fondo luminoso que vive en cada obra como su simiente, es la concepción filosófica que alimenta a su autor. Toda la belleza estética está religada primordialmente al fondo conceptual que le sirve de basamento. Inclusive a través de una obra literaria podemos conocer la cosmovisión de toda una época: aquella en la cual, nuestro creador escribe.

En cuanto al caudal de humanidad que el arte conlleva, las grandes corrientes filosóficas han sido siempre fuente fecunda de donde bebieron los creadores superiores en el arte.

La substancia viva del ser es alimento necesario para nutrir al artista que, luego deviene en especificador, concretista y en pintor polifacético de la riqueza del ser. El arte es rey en sus dominios y, siempre su fin último será la recreación de la belleza. Por eso es que la filosofía sustenta a la obra sólo leyendo entre líneas. El arte busca mostrar, desarrollar matices de la realidad, pero nunca demostrar, explicar, razonar, moralizar; cuando lo hace, deja de ser arte.

El artista, sin proponerse un trabajo o una investigación filosófica va, sin embargo, dejando fluir sus raíces esenciales, su ética vital a través del desarrollo de su obra que navega naturalmente por las aguas estéticas.

Al juzgar la obra de arte, no es, como en la obra filosófica, la mayor o menor verdad lo que debemos tener en cuenta sino, su mayor o menor logro de belleza.

La ética que el escritor sustenta no incide esencialmente en el valor de su obra que, puede por ejemplo, resultar muy bella a pesar de las impurezas de que está impregnado el espíritu de su creador.

Como la contemplación estética para ser gozosa exige un estado de serenidad; la inmoralidad de que está imbuida una obra puede chocar tormentosamente con esta serenidad, destruyéndola por la alteración que produce en nuestras emociones.

Es importante que el artista mantenga su propio equilibrio emocional para poder ser objetivo al describir circunstancias cargadas de emociones contradictorias. Es muy fácil para el escritor caer en la misma trampa que él se tiende: transformarse en protagonista inconsciente de su propia producción, lo que acarrea un subjetivismo y una parcialidad fatales para el desenvolvimiento de la obra. Esta requiere

mantener las distancias: debe ser un producto del autor, y no una prolongación confidencial de su autor mismo.

Frente al trabajo del artista, perseguidor incansable de la belleza, la labor del filósofo para alcanzar la verdad, es mucho más ardua. Con la luz de su inteligencia y la ayuda de su capacidad intuitiva como pico y pala, va escalonando la cordillera áspera que lo lleva, desde los sonrientes valles concretos, hacia las alturas abstractivas más penosas y distantes. La lucha por llegar a la cumbre es permanente. Muchas veces el lenguaje se convierte en un arma insuficiente para expresar nuevos conceptos, o perspectivas inéditas de la realidad que descubre. El peligro del error es el precipicio que este esforzado alpinista que el filósofo es, debe costear paso a paso.

La búsqueda filosófica conlleva sobre todo, en su raíz, un hambre de infinito. Dichoso del que puede vislumbrar la cumbre más elevada, el pico más alto, pues allí radica la verdad total, el Ser mismo, la Luz que de suyo es luz y no necesita ser alumbrada. He aquí la máxima aspiración del obrero de la filosofía, del pastor solitario que el filósofo puede llegar a ser.

Es sobre todo por esto que la labor filosófica que implica la vida contemplativa, puede estar —según su objeto— cargada de belleza.

5. — Parangón de la filosofía con el deporte

Aparentemente es una antítesis referirme conjuntamente a la filosofía y al deporte, dos actividades que parecen tan diversas. Pero, qué extraña coincidencia que en Grecia, los gimnasios fueran uno de los lugares vitales, uno de los hogares donde nació la filosofía.

La filosofía y el deporte coinciden ampliamente en su libertad de ejercicio; el cuerpo del atleta va suprimiendo poco a poco los esfuerzos inútiles que el logro que persigue lo exige; el filósofo vive en una creciente ejercitación intelectual para eliminar las impurezas que cierran el camino del develamiento del ser. Ambos son un deporte, ambos conllevan un total desinterés práctico, un gozo libre de ganar espacios vitales, de usar el tiempo, de perfeccionar expresiones.

Así como en la búsqueda de la verdad, en la labor filosófica, no hay un desinterés total, porque es la constante aproximación sin término a la Verdad Suprema, al Ser Divino la finalidad de la filosofía, así también con respecto al deporte, éste está ordenado a una finalidad que le es intrínseca: el alma debe descansar de la labor intelectual, y de los trabajos a que obliga la vida misma. El cuerpo necesita el ejercicio corporal que lo agilice y lo renueve insuflándole nuevas energías imprescindibles para la vida sana. El espíritu se recrea en el reposo que el juego es. Este reposo es salud para el hombre.

Trabajo y juego deben complementarse en una natural armonía que convenga a ambos. El trajinar alienante que la vida cotidiana impone —sobre todo nuestro mundo moderno— succiona las energías del hombre, alejándolo cada vez más de la vida contemplativa. Esta requiere indiscutiblemente quietud exterior e interior, reposo espiritual, calma, apaciguamiento de las pasiones desordenadas y desordenadoras. El deporte es el filtro que despeja al hombre inyectándole el dinamismo interior, la tranquilidad difícilmente perturbable, el estado de ánimo necesario que el filósofo necesita para poder admirarse ante lo que es y sumirse en su tarea testimonial.

En cuanto da la primacía a lo espiritual en el hombre y destaca esta dimensión humana ejercitándola, la filosofía puede considerarse, desde este punto de vista, sumamente útil.

El Dr. Terán sufre el materialismo del mundo actual, el cual ha subvertido sus valores hasta llegar a vivir por y para la técnica, sin darse cuenta que ésta, de medio se ha convertido en fin, y en un fin que degrada al hombre llevándolo a una barbarie tecnocratizada.

Vemos a nuestro autor convertido en un aguerrido luchador en su esforzada apología del espíritu que trabaja desinteresadamente en pro de su propia elevación y beatitud.

El carácter utilitario del positivismo extranjeriza al hombre y lo enajena, desviándolo de los fines que le son más propios en cuanto hombre, para convertirlo en un haz de funciones que ha dejado de ser persona para transformarse en un objeto más.

El hombre tiene el deber de respetarse a sí mismo pero cada vez se respeta menos. El alma que ya no se nutre, se seca, se queda a oscuras, se cierra a las respuestas que debe dar. No es cierto que el hombre debe preguntar a la vida en sus distintas manifestaciones, sino que es la vida misma la que constantemente interroga al hombre. Justamente la vida del hombre debe ser una constante respuesta a esas facilidades y dificultades que, en renovadas interrogaciones, aquella le impone.

El hombre de hoy debe volver a la especulación libre, al desinterés pacífico, a la búsqueda de riqueza, pero de la verdadera riqueza cual es la espiritual.

Hay que volver a las fuentes de donde brota el agua clara del espíritu pristino, no contaminado; ese espíritu encarnado en la persona en cuanto creatura hecha a semejanza de su Creador.

El hombre que se dedica a la vida del espíritu se encuentra hoy relegado: la máquina se impone y la lucha es desigual.

El hombre moderno agota sus reservas vitales en un esfuerzo que ha roto con una escala de valores lógicos. Fomentar el progreso económico es loable en cuanto sirva para impulsar las posibilidades de una vida superior. Pero si la carrera del progreso se acelera en un proceso que crece agitadamente por un camino que no conduce a parte alguna —si al final de ese camino, el hombre va a chocar inevitablemente con el abismo de la nada— el progreso es un peligro más que un logro, una enfermedad más que una conquista. Es en lo permanente donde el hombre puede hacer pie y descansar, deleitándose. Estos son los verdaderos goces frente a los embates contingentes de lo logrado a nivel material y en el instante.

Al hombre le es más propio ser árbol que pájaro, enraizar más que vivir picoteando; su ser está hecho más para anclar en profundidades que para sobrevojar en superficies. Es cierto que la vida especulativa es difícil y comporta renunciaciones y fatigas, pero éstas son las indumentarias con que se reviste la verdad enquistada como perla en cáscaras enrudecidas; y el gozo que la contemplación de la verdad comporta es incomparablemente mayor que los pequeños placeres de quien no renuncia a la mediocridad de una vida vivida entre tinieblas golpeándose a cada instante, con la pena de no saber, de vivir sumergido en la ignorancia.

Como la verdadera paz, sólo se encuentra al tocar la verdad, no podemos menos que recordar aquellas palabras de San Agustín: "...y nuestro corazón está inquieto hasta que no reposa en Vos".

6. — El uso de la metáfora en la labor filosófica

¿Es legítimo el uso de la metáfora en la investigación filosófica?: esta es la pregunta que Sisto Terán se plantea buscando deslindar campos y dar la exacta importancia al sentido que pueda tener el vocablo figurado en el trabajo de la ciencia madre. La investigación filosófica debe ser rigurosa y clara, por eso aparentemente, el lenguaje tradicional choca con los vocablos metafóricos.

Cuando las metáforas dejan de ser tales sirven para designar nuevos conceptos que todavía no vieron nacer palabras que les diera expresión. La metáfora se despide así, de su sentido figurado para significar, señalar ideas inéditas hasta ese momento.

En cuanto a la metáfora llega a ser designación abstracta, su utilidad logra ser enorme. La investigación filosófica conquista así, expresiones que pueden aplicarse a múltiples casos que conllevan notas comunes. Cuando todo resto material ha desaparecido de la expresión metafórica, esta palabra adquiere una significación puramente espiritual y deja, entonces, de ser metáfora.

Cuando nuestro pensamiento alcanza alturas de razonamientos escarpadas en las que nos son difíciles encontrar conceptos que nos hagan gráfico y concreto nuestro propio objeto de pensamiento, la metáfora es un arma especialísima, un medio ideal, que, con sus múltiples imágenes nos facilita la tarea del entendimiento, ilustrando así nuestros pensamientos por más arduos que parezcan.

No todos los objetos de conocimiento se encuentran directamente al alcance de nuestra humana inteligencia. Esto solamente sucede con los seres materiales.

Las sustancias espirituales necesitan el puente de las imágenes que se refieran a los objetos sensibles para que, comparando analógicamente los objetos materiales con los espirituales, podamos captar estos últimos que, en sí mismos, nos sobrepasan siéndonos inaccesibles.

El hombre como compuesto que es de cuerpo y alma está limitado por la materia que lo condena a elucubraciones finitas. Sus conocimientos sensibles son el elemento primero al que debe recurrir, para irse elevando hacia niveles superiores del pensar. Como está hecho a imagen y semejanza de Dios, el hombre también, como Dios, puede conocer, es un ser inteligente, pero sólo proporcionalmente inteligente. En cuanto creatura humana es imperfecto y también su modo de conocer lo es. Sólo analógicamente, en un sentido proporcional puede decirse que, tanto Dios como el hombre, conocen. Dios es cognocente por esencia; el hombre lo es por participación con el Ser Divino.

Las metáforas expresan significaciones que no son esencialmente semejantes a las palabras primitivas de las cuales devienen, sino que su nuevo sentido en cuanto metafórico sólo busca expresar el efecto que se necesita, el sentido que resuelva el urgente problema de dilucidar extranjeros conceptos que quieren ser aclarados.

La metáfora se contenta con "comparar propiedades activas"; la similitud que busca sólo atañe al orden funcional y no al esencial; juega el papel de revelarnos, en la investigación científica sólo aspectos accidentales, contingentes de los objetos que ponemos bajo la lupa del conocimiento.

Si la metáfora no llega a tocar el trasfondo de los seres suprasensibles en cuanto a su conocimiento, tiene, en cambio, valor estético en cuanto a las imágenes que conlleva. Por su mismo colorido expresivo nos ayuda a grabar en la memoria aquellos conceptos más abstractos, difíciles de retener de otra manera.

Para nuestro mundo actual, perezoso respecto a la actividad filosofante, la metáfora es el aguijón apropiado para acicatear voluntades flojas a través de las claras representaciones sensibles que ofrecen generosamente.

La metáfora representa el toque que, aunque no tenga valor de conocimiento, pone en marcha al motor de la inteligencia.

CAPITULO II

7. — **Filosofía política.**

A propósito del tema de este capítulo, debemos decir en primer lugar, que la filosofía política de nuestro autor, se encuadra dentro de los lineamientos de la concepción de estado y formas de gobierno de la democracia.

Está comprobado que la mayoría de los argentinos que pueblan nuestro territorio son católicos.

Hay que plantearse qué relaciones puede tener la Iglesia con la política. Indiscutible es que la Iglesia ejerce una acción directiva en el orden al campo de la revelación. Pero en cuanto en el terreno temporal haya conexión con los objetivos religiosos, también la Iglesia tendrá intervención aunque ésta sea indirecta.

Resulta también natural guardiana de la moral en el orden de la sociedad civil.

En principio, la Iglesia, no desapruueba ninguna de las formas de gobierno aunque sostiene la conveniencia de la democracia estatal.

Si buscamos la esencia de la palabra democracia, encontraremos, dice Terán: "...que por lo pronto designa un movimiento social encauzado hacia las clases más desamparadas para las que se busca por razones no sólo de caridad sino de justicia, condiciones más humanas de vida y de prosperidad".⁴

Además la democracia implica un modo de pensar, de sentir, de vivir, en suma, una cosmovisión inconfundible.

Así también la palabra democracia ha sido vaciada de significación y bajo su nombre se proclaman dictaduras y tiranías que disfrazan, bajo este título tentador, sus deleznales inclinaciones y objetivos.

Si queremos remontarnos a las características que esencializan a la verdadera democracia debemos decir, que ella implica fundamen-

(4) TERAN, Sisto: **Religión y Democracia**, (conferencia).

talmente, estos conceptos: "libertad, igualdad, participación de todos en el gobierno, y la garantía de los derechos de la persona humana individual o socialmente considerada".

Igualmente repudia todo totalitarismo y se apoya en la justicia para ordenar la vida en común.

Si quisiéramos sinonimizar la palabra democracia con un solo vocablo, tendríamos que quedarnos con el concepto de libertad, que sobre todos los demás, la caracteriza. La libertad, en síntesis, es propia solamente del hombre en cuanto único ser racional pues, ser libre significa ser dueño de las propias decisiones y actos en todos los órdenes: social, cultural, político, etc.

Si Dios ha hecho al hombre libre, es deber del hombre dejar vivir al hombre lo más desligado posible de nocivas ataduras que comprometen su autonomía y atentan contra su deber ser personal.

Justamente, es la democracia como forma de gobierno, quien en principio garantiza la más amplia libertad humana.

La Iglesia Católica, secundando al Creador, es fiel y constante defensora del natural derecho de la creatura inteligente a su libertad.

En cuanto a la libertad de conciencia, nunca la Iglesia intentó violentar el alma del hombre para imponerle el dogma de su doctrina. Respeto, en cambio, la libre decisión de las conciencias quienes asienten o no, contraen o no, los deberes religiosos de acuerdo a su libre arbitrio.

La inviolabilidad de la conciencia debería ser deber primigenio de todo gobierno. Lamentablemente la realidad nos confirma coacciones intraducibles que degradan a todo hombre que se sitúa contra lo humano y, por lo tanto —aunque no lo sepa conscientemente— en contra de sí mismo.

Indiscutibles son también las libertades de expresión y de crítica que el hombre tiene el derecho de asumir cuando lo crea conveniente.

Si el gobierno no da lugar a la opinión pública, el pueblo amordazado se amotina y busca los más desordenados cauces por donde canalizar su descontento. La autoridad que por sí misma se aleja de aquellos sobre quienes ejercita, verá levantarse contra ella a un pueblo para el que utilizó una ceguera voluntaria. Sucede así en los imperialismos totalizantes que fabrican la cortina de humo de una propaganda viciosa y artificial, destinada a exhibir una realidad inexistente para narcotizar a los pueblos al mismo tiempo que para fabricarse una coraza protectora contra todo "atentado" foráneo; contra el peligro de que alguien pueda abrir los ojos de tantas conciencias fanatizadas por la infamia de una enorme mentira hábilmente montada a través de los medios de comunicación social.

La Iglesia custodia permanente de los derechos del hombre, aclara que la libertad no es una concesión que el Estado pueda dignarse otorgar, sino que le corresponde inalienablemente al hombre por serlo.

La libertad es una dimensión esencial del ser humano, y, por lo tanto, una posesión irrenunciable. En este terreno, debe subordinarse la política a la ética, buscando la primera en la balanza de la justicia su equilibrio imprescindible.

Políticamente, la libertad no consiste en la acción caprichosa y desordenada de cada uno, sino en el respeto de la justicia y en la constante intención individual de bregar por el bien común, respetando las leyes que ordenan la convivencia pacífica. Lejos está este voluntario respeto del hombre por la ley, de la absoluta imposición estatal cuando se erige en dueña y señora de todos los derechos, pisoteando todos los límites y borrando los conceptos del bien y del mal.

Otra implícita característica de la democracia sobre la cual ejerce la Iglesia su sombra tutelar, es la igualdad esencial de la especie humana.

Recordemos. Cristo y los hombres, arrodillados en la Montaña; el Maestro enseñando el Padre Nuestro, grave misterio de la oración unitiva bajo la Luz.

Hombre-prójimos, hermanos desde la creación: por todos los hombres circula la misma fuerza trascendente que los integra en una comunidad esencialmente igualizante: su creaturidad; la igualdad común de estar todos desfondados pues su Fuente común los trasciende y los abarca; el Creador Supremo, piedra basal que fundamenta y da sentido a todos los seres humanos por igual.

Mortal pecado, entonces, el de los regímenes totalitarios que se atreven a caricaturizar al hombre poniéndole rótulos discriminatorios y oficiosos en una larca tarea de pesadilla que se puede llamar de muchas maneras: racismo, sectarismo, pueblos elegidos, campos de concentración, bombas atómicas, etc.

La igualdad genuina no significa masificación ni aplanamiento de la personalidad; no es de manera alguna anonimato impuesto sino posibilidad siempre abierta de cumplir individualmente el destino personal y la vocación irreductible de cada cual, dentro de los límites lógicos impuestos por todo estado libre.

Democracia implica también que, la igualdad de los hombres, sea puesta en acto a través de la participación del pueblo en la cosa pública, lo que confiere naturalmente a cada hombre la responsabilidad personal por el bien propio que es, por ende, el bien común.

Por su parte, la Iglesia está de acuerdo con esta participación popular en el gobierno.

Tarea nada fácil es llevar a cabo, de facto, una verdadera democracia. Quizá el mayor obstáculo consista en que cuesta arraigar hondamente en el hombre el espíritu que la informa.

De esta falta de enraizamiento en cada hombre de lo que una democracia pura es, devienen los peligros que la acechan: por ejemplo, el debilitamiento de la autoridad en el gobierno democrático que conlleva la inversión de la fuerza de autoridad, que se vuelca en el enemigo que siempre acecha y que, al fin conlleva a la anarquía. Peligroso resulta también, cuando el hombre utiliza mal su libertad convirtiéndola en libertinaje y desenfreno, lo que produce la destrucción del bien común y de la comunidad organizada y respetuosa de todas las individualidades que la integran. Teniendo en cuenta estos peligros es que, se hace indispensable, la probidad, el valor moral, la preparación responsable, la fuerza de la voluntad, y la vocación genuina de los hombres que vayan a recibir los destinos ciudadanos desde los primeros y más altos cargos públicos.

Es aquí que la religión puede prestar amplísima ayuda en la formación de estos hombres destinados a ser erigidos en autoridad legal, a través de su guía doctrinal y religante.

Es Jacques Maritain quien nos recalca la inspiración evangélica del estado de espíritu democrático, y la necesidad de una inspiración y una creencia heroicas en la humanidad y en sus capacidades siempre latentes de justicia, de dignidad, de respeto de sentido de igualdad como proximidad, y de libertad fraternal y bien arbitrada. Justicia es reconocer la ininterrumpida labor misionera de la Iglesia fundada en Cristo en cuanto coejecutora de la democracia y como continuadora de la doctrina soteriológica plasmada en significativos mensajes parabólicos, frutos de un apostolado nacido bajo la égida de la divina Luz Inspiradora.

8. — Importancia de la doctrina tradicional frente a la neolatría contemporánea.

La filosofía como ciencia madre que toca los grandes problemas del hombre, no puede ni debe ser sólo de incumbencia esotérica. Su propagación, su difusión son fundamentales. En cuanto ser racional cada hombre tiene su dimensión filosofante que debe ser alimentada.

Clarificar las soluciones filosóficas, es empresa esencial del hombre cuya vocación es el pensar. Su alma debe ser iluminada con las eternas verdades. La doctrina tradicional, o sea, el pensamiento filosófico-cristiano tiene una misión ineludible que cumplir.

Aparte de las demostraciones específicamente técnicas destinadas al hombre que ha hecho del pensar reflexivo su tarea cotidiana, la sabiduría tradicional debe descender al gran público en forma de respuesta a los grandes y comunes interrogantes que toda creatura humana se plantea.

Fructificar la siembra filosófica de los grandes maestros· Aristóteles y Santo Tomás es primer deber del filósofo de hoy.

La verdad debe salir a la luz pues, escondida en la conciencia de unos pocos, se enmohece y se pierde.

Si la paz se encuentra al alcanzar la verdad, es tarea de varón noble el recorrer el camino recto que conduce al develamiento. Perseguir la verdad es, de facto, autobuscarse —y autobuscarse significa integración, unificación con uno mismo, vocación de interioridad, y al fin, silencio unitivo con la Divinidad—, pero no para encerrar el tesoro encontrado entre las cuatro paredes de la conciencia sino para repartirlo entre los hombres-próimos que conforman nuestra circunstancia histórica. Es justamente nuestra época —esta época— la que más hambre tiene de verdad. La inteligencia se deteriora por falta de su uso apropiado. El materialismo se ha apoderado del hombre y la técnica lo enmascara y lo quiebra.

El hombre necesita arraigar, satisfacer sus necesidades, pero también, y sobre todo, alimentar su espíritu, conformar para su alma el hábito del vuelo mental.

Aunque con los pies en la tierra, la creatura humana tiene también vocación de ave y nostalgia de cielo.

La filosofía, ciencia aristocrática (de "aristós": lo óptimo), lo es verdaderamente, por eso le es inherente la nobleza de repartirse.

Pero para esto necesita recrearse, cimentarse en la mente de los filósofos de hoy a través del hábito del esfuerzo continuo del pensamiento que intenta ser esclarecedor.

Justo es aclarar que la ascensión es penosa pues la filosofía escolástica en su pureza formal es ardua, pero la grandeza de la tarea compensa la obra paciente.

La nobleza de la doctrina tradicional, requiere esencialmente, una no vulgarización de sus conceptos esenciales para mantenerse pura al transmitirse.

Hoy el hombre ha renunciado a pensar, es decir, al ser que le es más apropiado, a su esencialidad. Urgente es reparar tal mal que mina a esta sociedad pragmatizante, a este mundo que se inclina al servicio de lo útil y desprecia su propia humanidad al despreciar al ser en sus especificaciones fundamentales.

El hombre necesita, urgido por un mundo que lo sobrepasa, que se concreten las grandes verdades en enunciados claros y precisos que impliquen soluciones que lo ayuden a vivir. Es aquí y ahora, que el hombre necesita del hombre-pensador, del filósofo activo y humano que lo oriente en su cotidianidad y lo ensalce en cuanto creatura.

El hombre ya no se valora al olvidar su Fuente. Imprescindible es, entonces, una revalorización remozada de las verdades que el hombre ha perdido en su carrera absurda signada por un progreso desfondado en su base puesto que, no tiene conciencia actual de su fundamentación.

Es la "doctrina tradicional", la filosofía escolástica —como antes hemos dicho y ahora reafirmamos—, la única que permanece esbelta y perenne, siempre-viva e inmutable, ceñida como apretada flor de verdad única al tallo histórico que en el tiempo deviene.

Fruto de un completo equilibrio mental y por eso impersonal, esta filosofía, da la impresión de responder a la secreta espera de cada espíritu. Es ésta la filosofía de la humanidad toda, que, con el tiempo progresa sin cambiar su esencia, al compás del ritmo histórico que avanza siempre.

9. — Originalidad, tradición y progreso en filosofía.

El hombre de nuestro tiempo padece una exageración neolátrica. Desde el siglo XVI este hambre de particularización se ha ido convirtiendo en regla.

Mientras que lo natural sería que el hombre, apoyando su pie en el pasado y sustentándose en su presente se proyectara hacia un futuro, lo real es que la fiebre de novedad nos aflige y nos obliga a buscar afanosamente siempre lo nuevo, lo distinto, no importa que sea verdadero o no.

Actualmente la filosofía es una búsqueda torturante de nuevas perspectivas, y es torturante porque conlleva por añadidura un laborioso trabajo de la imaginación que busca nuevas formas de expresión que seduzcan como nuevos puntos de vista sin reparar en la fundamentación que, estas nuevas verdades necesitan para ser válidas, y que no poseen.

En cuanto la sed de renovación es inextinguible en todos los hombres, el valor de las eternas verdades se va perdiendo, de manera tal que, frente al sufrimiento, la destrucción y la muerte, crece la indiferencia. El mismo valor de la vida se ha extraviado porque ésta ha perdido su sentido.

El hombre está ciego frente a lo sobrenatural. El sentido religio-

so que religa al hombre —volviéndolo hacia su Fuente— va desapareciendo prodigiosamente. Si el valor de la creación se ha perdido, hay que crear nuevos objetos a los cuales adorar. La técnica es la madre de esta nueva "creación" que siempre se renueva, y a la cual parece que no podremos detener nunca: sólo sabe crecer y aplastar a la misteriosa y milagrosa creatura que en el fondo el hombre sigue siendo. Pues aunque reniegue de su origen le es imposible negarlo.

Si, como decíamos antes, la nueva filosofía trabaja en gran medida con la imaginación para buscar nuevas perspectivas posiblemente utópicas, entonces ya no es filosofía, pues deja de serlo para convertirse en arte. Para la filosofía lo más importante, es el sistema mismo, la trama que se cuestiona y se busca aclarar, y no la forma exterior más o menos llamativa por lo novedosa y singular. Esta tarea de diseño estético es propia del arte y no de una recta investigación que busque aclarar al ser en su profundidad.

Mientras la verdad de la realidad es una sola, las formas de expresar artísticamente esa realidad son variadísimas.

Una obra, que representa a la realidad, puede ser bella de innumerables maneras, pero la esencia de esa misma realidad a la que la obra de arte se refiere, es una sola.

La inteligencia humana, aunque limitada, está capacitada para captar la realidad y esa es su tarea, no la de forjar mundos imaginarios. Al filósofo no le toca fabricar o inventar, sino develar, descubrir.

Mientras el artista cambia la realidad, la recrea para matizarla al pasarla por el filtro de su inventiva creadora; el filósofo —en cambio— deja intacta esa misma realidad, sólo busca reproducirla lo más fielmente posible, abstrayendo para hacerla inteligible sus caracteres comunes que la especifican, determinándola.

Dentro de las tendencias innovacionistas, encontramos a las filosofías del devenir. Este radical relativismo estampa como rótulo en la verdad de la realidad, una duración ininterrumpida que cambia sin cesar. Si la verdad es puro devenir, ningún valor tendrán los principios y postulados que sustentan racionalmente a esa verdad. Frente a la realidad radical del ser, fuente de todas las elucubraciones aristotélico-tomistas, los relativistas niegan al ser en su estabilidad y lo convierten en un puro devenir sin fronteras. Nada queda idéntico a sí mismo; la realidad misma deja de serlo para convertirse en un caleidoscopio siempre en movimiento, donde apenas podemos aprehender imágenes fugaces que no permanecen.

Si existir es devenir, la esencia del ser se vuelve inaprehensible, mudable y, deja de ser, una y única perdiendo así sus caracteres de esencialidad inmutable que hasta el sentido común requiere para intelecirla.

¿Qué verdad puede subsistir en un mundo que gira sin cesar, sin detenerse ante ninguna forma de perdurabilidad? Debemos entonces concluir, atribuyendo a la verdad, una esencia que consiste en cambiar y, por lo tanto, en no ser nunca ella misma. Para el pragmatismo por ej., la verdad es sólo la consigna que puede hacer útil a nuestra vida. Verdadero es aquello que, funcionalmente, responde a lo previsto. Si aquello que considerábamos hipotéticamente verdadero falla en su aplicación práctica, deja de serlo, y se convierte en una premisa falsa que hay que descartar. De aquí se deduce que la verdad no preexiste a nuestros actos como correspondería si fuera una propiedad inherente a la idea, sino que es obra nuestra: construída y destruída por nosotros según nos convenga.

Para estas corrientes relativistas, la verdad, no es lo que es, sino lo que sirve. Pero ningún devenir puede erigirse en ser, sino que todo movimiento, acontece en un ser preexistente al cual determina.

Como conocemos los conceptos de acto y potencia, sabemos que todo ente, guarda en sí las posibilidades de mutaciones y cambios diversos. Pero estos cambios, estos movimientos que conlleva todo objeto, se producen solamente cuando entra en funcionamiento el tránsito de la potencia al acto, o sea, el paso de la capacidad a la realización de facto de esa capacidad, antes sólo preexistente en cuanto realidad.

Nada puede preceder al ser; toda categorización presupone a esta realidad, la más simple, la más clara, la más indeterminada, y la más universal. La verdad como una de las determinaciones del ser debe a su vez seguirlo y nunca precederlo.

La verdad es intemporal: es el acuerdo de la inteligencia con las cosas frente al cual sólo nos queda someternos. Esto sucede, cuando nuestro entendimiento, logra alcanzar a descubrir, a develar tal acuerdo. Esto no siempre resulta posible para la humana capacidad de desentrañar la verdad.

La duración temporal nada puede cambiar en la esencia de la verdad inmutable que resiste independientemente, toda pasajera historicidad. Que el conocimiento de la verdad sea naturalmente histórico, no implica en absoluto que la esencia de la verdad marche al ritmo de esta misma historia. Su invariabilidad perdura incólume a través del tiempo en el cual es progresivamente descubierta.

En cuanto la historia es lineal, el mundo moderno se ha tomado a pecho la paralela "caminata" del progreso indefinido.

En vez de tratar de detenerse y profundizar en la realidad ya descubierta, remozándola e intentando también develar nuevas vetas de este enorme filón, corren desafortadamente tras realidades nuevas cuyo contenido intrínseco es, la mayoría de las veces, inexistente.

El hombre, como el ser elegido por el Creador para sus fines más elevados, tiene que cumplir con una doble misión: primero buscar su destino para conocerlo y luego enseñorearse de su misión, realizándola a través de su vida, lo que en suma es lo mismo que realizarse a sí mismo.

Como el hombre es libre, su libre albedrío lo lleva a elegir, la decisión es suya: puede cumplir con su misión y así decirle: "sí" a Dios que lo interpela, al confiarle su labor —la propia— intrínsecamente irreductible; o puede negarse, decirle: "no" a Dios, negándose a su tarea testimonial y, por ende, a sí mismo alienándose.

Siendo libre y responsable el hombre es el único autor del camino que recorre. El progreso es su obra y de él depende que se convierta en su beneficio o en su condena.

Desgraciadamente la realidad nos muestra que el progreso material ha traído como consecuencia —no inevitable por otra parte— un grave descenso espiritual. Los valores están en baja en la balanza que el hombre maneja y, resulta entonces, que los andelantos utilitarios no tienen base de sustentación, y están lejos de beneficiar al hombre.

Reafirmamos: ya la misma vida no es respetada como misterio y milagro. ¿Cómo pueden tener un sentido positivo los beneficios materiales que la técnica va logrando? Tecnocratizado el hombre, su entendimiento pierde la capacidad de elegir adecuadamente escalas de valores, su espíritu se adormece.

Viviendo al nivel de la piel, va perdiendo su alma en el camino, y, de aquel peregrino medieval, lento caminante con vocación de alabanza, sólo va quedando este apresurado transeúnte que ha perdido el camino simplemente por no detenerse a contemplar.

El progreso logrado en las ciencias positivas es inmenso, hasta cambiar prodigiosamente la vida humana: sus conquistas nos empequeñecen, de aquí la imperiosa necesidad de una renovación radical de la filosofía; renovación no en el sentido de creación de nuevas verdades, sino en el sentido de revalorización de las verdades perennes enquistadas en las filosofías madres de Aristóteles y Santo Tomás.

Las nuevas propiedades de la materia, han revolucionado a las ciencias experimentales agigantando su progreso, pero las causas efítes de estas propiedades, sus principios básicos y sus últimas consecuencias —en suma— el sentido más hondo del orden cósmico, es tesoro a descubrir por la filosofía. De aquí la urgente necesidad de ponerse filosóficamente a tono con un universo material que se ha vuelto incalculable. Es deber de la doctrina tradicional, partir de lo

más concreto de los nuevos descubrimientos de la materia, desde el primer escalón proporcionado por los sentidos, para elevarse progresivamente y dar cuenta, por fin, del sentido primigenio de estas nuevas experiencias, a través de demostraciones apodícticas.

Sin interferencias de campos, bien diferenciados sus objetos esenciales, ciencia y filosofía, tienen el deber de colaborar mutuamente: el científico ofrece al filósofo materia prima para que éste encuentre su origen y su causa primera, su sentido y su teleología. Luego el hombre de ciencia, apoyado en estas fundamentaciones puede obrar seguro de la inteligibilidad lógica, de la necesidad intrínseca de la materia con la cual trabaja, y a la que la filosofía, ya se encargó de justificar. El trabajo filosófico a nivel generacional no puede ser nunca la obra de un solo hombre. No falta quienes tienen la pretensión de atribuirse una total originalidad sin bases históricas. Estos espíritus discurren en el vacío sin querer comprender que la obra filosófica es una labor colectiva, comunizante, que se va forjando en el tiempo y en el espacio, constituyendo una cadena eslabonada por los esfuerzos individuales mancomunados.

Cada pueblo, cada época, van sazonando la gran tarea común: conocer la verdad, cada uno con sus intentos propios.

Es imprescindible al filósofo, informarse sobre el caudal de resultados a que se ha llegado hasta el momento en que él actúa para poder así intentar seguir adelante, humilde e imparcialmente, por el camino que otros antes que él, comenzaron.

El objeto de la filosofía —el océano del ser—, supera las limitadas fuerzas del hombre y no puede ser nunca agotado. Siempre puede la labor humana profundizar en estas aguas sin temor a tocar el fondo, siempre quedarán perspectivas por iluminar.

Muchos filones vírgenes del ser esperan a la inteligencia que los descubra y los valore. La filosofía, lejos de asemejarse a la tarea de Sísifo: anticipada y consciente derrota del hombre antes de llegar a la cumbre, significa un continuo y renovado ascenso hacia la cima.

Es importante acotar que Terán recalca la diferencia entre filosofía y teología sobre todo por su íntima adhesión personal a la filosofía cristiana.

El filósofo cristiano usando sólo su razón natural puede elaborar toda su obra sin ayuda consciente de su fe, aunque ésta perviva en él, alimentándolo siempre.

La capacidad de pensamiento del hombre, lo habilita para las más arduas investigaciones sin que la revelación intervenga.

La duda y la crítica filosófica no se contradicen con la firmeza de un alma auténticamente creyente.

El vivir en un clima auténticamente cristiano insufla al filósofo nuevas fuerzas, dinamismo interior y vocación más clara, para cumplir su misión develadora.

Es Cristo, tónico revitalizante para el hombre que, imitándolo, aspira a ser pastor de la verdad.

Siendo el tomismo una filosofía perenne, la doctrina tradicional que lleva implícita, parte de la verdad inmutable. Terán, enuncia así, la necesidad de contemporizar esta doctrina eternamente joven, de adecuar a las necesidades del mundo nuevo en el que vivimos, la certeza de una verdad que no cambia con el tiempo histórico.

Vaya como ejemplo vivo la figura labradora del Dr. Angélico, que permitió que la objetividad de su inteligencia, iluminara el camino de la verdad, para todo aquel que sienta latir en sus raíces el mismo puro amor, el cual, si es auténtico, conllevará toda la intencionalidad de dar a luz esa vocación por la verdad, madurada en fruto creativo y alimentada por su circunstancia histórica que pasará a aumentar el tesoro espiritual de la humanidad.

10. — La misión a autofidelidad y su prolongación en el quehacer patriótico

Inconclusa quedaría la tarea a que nos remite nuestra vocación si la abandonáramos en propósito y no le diésemos salida a través de su cumplimiento "de facto". De hecho las obras que crearán luego con el aporte de sus materiales, las instituciones científicas y culturales, viven a través de sus publicaciones.

Si el cumplir con nuestro íntimo llamado interior, es seguir recatemente la línea que nuestra conciencia nos indica, la obra que nos proponemos no puede nunca ser fruto de la improvisación. Cada afirmación debe aspirar a la rotundidad de la certeza, al control de la memoria, a la solidez de las informaciones obtenidas directamente en las fuentes.

En cada hombre late escondida y en germen la amorosa semilla de su tarea misionera, de cada uno depende intimar consigo mismo lo suficiente como para encontrar esta luz primigenia, puesta en nosotros, por el Creador.

Cada hombre conlleva su propio llamado natural y uno y único, irreductible a todos los demás llamados. Ninguna misión puede así ser confundida.

El luchar activamente contra las tinieblas de la ignorancia, buscando la luz aunque en forma vacilante y oscura, puede justificar una lucha que no debe calificarse de culpable si no alcanza la acción rectora encaminada hacia la verdad.

La sola lucha hacia las cumbres, basta para llenar un corazón de hombre. Esta lucha no significa obrar erradamente y a sabiendas con el solo propósito de no permanecer inactivo, sino la fuerza en acción de potencias que se conjugan en búsqueda afanosa. No podemos hacer el bien —una de sus formas más elevadas sería por ejemplo, ser nosotros mismos, es de vivir activamente nuestra propia y radical mismidad, nuestra esencia como original en cuanto única— si no conocemos el camino hacia el centro de la verdad. La búsqueda ya es un mérito, pero la omisión por ciega ignorancia, por faltarnos hasta una delgada línea orientadora de luz, no es pecado. Jamás puede ser enjuiciable el que cada hombre sea como es en cada momento, mientras no conozca el camino que lo conduzca hacia el centro de sí mismo, donde mora la verdad —aunque cada momento su ser esté desvirtuando con su vida en acción su propia esencia (su propia esencia), su ser creado uno y único. Nadie puede ofrecer lo que no tiene, se dice. Mejor sería decir: nadie puede ofrecer lo que no posee, aunque lo tenga sin saberlo conscientemente.

Si siguiendo el ejemplo platónico, consideramos a nuestra interioridad como un palomar, de nada vale tener muchas aves si no tenemos la certeza de poseerlas; o sea, si nuestra inteligencia, y nuestro corazón no las han poseído iluminándolas, y así tomado conciencia de nuestra posesión.

Es la virtud la que hace al hombre y a su obra buenos.

Las virtudes no son innatas pero pueden adquirirse ejercitándose en ellas, a través de actos intencionales. Si estos actos no se ejercitan, las virtudes no enraizan ni maduran.

No todos los hombres pueden practicar todas las virtudes, sino que algunos sobresalen en unas, y otros en otras. De aquí las distintas vocaciones que los llevan a desarrollarlas activamente en cuanto, a través de ellas se realizan en cuanto hombres. Estas virtudes que al ser desarrolladas por cada uno de nosotros dan cuerpo y forma a nuestra vocación conforman nuestro tejido más íntimo, aquel que hace referencia implícita a nuestra vida misionera, en cuanto significan un llamado interior profundo y perentorio que nos impele a ser nosotros mismos de una manera radical.

Apoyándose en la voluntad, el hombre ubicado en sí mismo desde su propia virtud da el salto hacia el otro y se reparte, buscando, de esta manera, hacer justicia entre quienes lo necesitan. Así equilibra la balanza de la vida ofreciéndose en holocausto libremente elegido.

Una faz muy clara de la justicia, es la piedad, que se abre en un abanico tripartito: a) la piedad religiosa que cobra vida a través de la alabanza testimonial a la Naturaleza superior que llamamos divina, aunque esta clase de piedad, por ser piedad humana y por lo

tanto imperfecta nunca alcance a tocar la esencia de la perfección a quien va dirigida; b) la piedad filial, que implica el respeto y el honor por los lazos de sangre; c) la piedad cívica o patriótica que nos orienta a servir con amor a nuestra patria.

La noción de patriotismo implica unidad, orden, jerarquía. Como engendradora de nuestro ser nos guía durante toda nuestra vida a través de la acción de gobierno que nos mueve a duplicar esta actividad en un autogobierno personal.

Continente de nuestra existencia, la patria nos circunda y nos preserva dándonos generosa: pan, educación, natividad de tierra, dimensión religiosa. La patria chica, el suelo-territorio se agranda en provincia y se hace fuerza poderosa al trasvasarse en nación de la cual se es nativo.

Sisto Terán, "muy tucumano", vive como una prolongación de su autofidelidad misionera, el quehacer patriótico. Gran conocedor de su tierra, la comprende colaborando en su desarrollo a través de múltiples gestos que lo caracterizan: desde su estudio de abogado, luchó por los "hombres del azúcar", apoyando a la tierra y a sus frutos y destacándola como fuente de trabajo; hizo carne propia las luchas tucumanas sobre todo aquellas que se libraban a nivel interno, quizá el más desprotegido por alejado del afiebrado cosmopolitismo capitalino. Bregó por la educación pública conociendo lo importante que es darle al hombre, lo que del hombre es: el descubrimiento de la luz de su razón. Buscó abrir los ojos más jóvenes, los de aquellos destinados luego a continuar el quehacer de patria.

En su amor contemplativo por su tierra, escarbó en sus raíces y revaloró su colorido, su canto popular, su tradición. Pero si buscó raíces nativas y defendió principios humanos, fue sobre todo porque conocía, como ya vimos la hondura metafísica de estas raíces.

Tierra y hombre son para él, postulados de veneración porque los conoce como fundamentales dimensiones del ser, como sus más claras especificaciones.

El hombre es el peregrino trovador que, con su canto vital, enciende la patria-tierra recreándola, al continuar desarrollando sus gérmenes, aquellos que Dios puso a disposición de su libre albedrío para que los hiciese germinar.

Si el hombre en cuanto creatura y en cuanto existente-developador, es el ente fabricado hay imagen y semejanza de su Padre, de aquí que Terán testimonie respetuosamente los nombres y las obras de todos los hombres que por su tierra se interesaron, lucharon y murieron. De aquí también, la proximidad que siente por sus coetáneos ilustres:

hombres-acción, varones transformados por su voluntad en pastores de sus propias e intransferibles verdades personales.

La belleza de su Tucumán nativo admira a nuestro filósofo que se enciende al describirla o al citar a aquellos que la exaltan.

Selvas y montes, flores y aljibes, ríos y naranjales, pájaros y cultivos, cúpulas y empedrados, lo atraen con la fuerza vital de su hermosura perecedera y, por eso mismo más necesitada de testimonio.

Detenerse a contemplar fue una de sus normas más sentidas. Pero su contemplación contenía implícito el fervor por la recreación activa que lo llevo a desenquistar el pasado histórico, para ofrecerlo clarificado a su pueblo y a su nación.

Al poner los ojos en este pasado de su tierra, Terán, también intenta incitar a sus coetaneos a preservarse para no cometer los errores del pasado.

Es deber de todos estar por lo menos informados culturalmente; y es derecho de todos habitar el tiempo de la cultura, sobre todo cuando se trata de la propia historicidad.

La cultura no debe existir, para el disfrute de unos pocos, es un privilegio del que todos pueden participar.

La cooperación y el sentido de solidaridad deberían sostener la cultura existente y promover aquella que está en potencia y mora en germen en el seno de todos los pueblos, en las almas de los hombres. Estos deberían ser los verdaderos objetivos de los medios de comunicación social y no su progresiva transformación en "archivos de bagatelas" que vulgarizan al hombre desvirtuando su esencia.

* * *

TERCERA PARTE:

III. EVALUACION CRITICA SOBRE EL AUTOR

CAPITULO III

1. — El problema del ser

Antes de entrar a evaluar el problema del ser en el Dr. Sisto Terán, debemos aclarar que las apreciaciones críticas de esta tercera parte seguirán el mismo orden establecido en la articulación de la

exposición doctrinaria de nuestro autor tucumano. Si consideramos el pensamiento filosófico de Sisto Terán, nos encontramos con muchos aciertos con los que coincidimos plenamente.

En cuanto al problema del ser, Terán, se nos muestra como un decidido continuador y recreador de la doctrina aristotélico-tomista, para lo cual, recurre constantemente a la "doctrina tradicional" como él la llama. En esta filosofía se apoya y, desde ella actualiza para nosotros, sus contemporáneos, aquel pensamiento que logra remozar dándole una configuración moderna sin dejar por eso de ser fiel a los dos grandes maestros nombrados.

Al leer a nuestro autor, el ser de la filosofía realista, se nos aparece como el verdadero ser "de facto", el que existe por sí mismo no sólo durante, sino también antes, y después de nuestro conocimiento.

2. — El problema del conocimiento

Cuando Terán hace referencia al sentido en que puede hablarse de ciencia de lo individual y contingente, nos aclara que no puede haber ciencia sino de lo universal.

Contra quienes se oponen a la doctrina escolástica y dicen que hay ciencia de lo individual aducimos con Terán, que, de hecho, no hay ciencia de lo individual como tal. La Geografía o la Historia, como ciencias particulares estudian por ejemplo, determinado río o personaje histórico, pero no estudia lo accidental, lo absolutamente individual de este río o de este personaje porque, en realidad, se detienen en las características esenciales de ellos: en todo momento y lugar, a través del tiempo y del espacio, determinado río o montaña, y determinado personaje histórico —por ejemplo Napoleón Bonaparte— tendrán para todas las generaciones que los estudien, iguales características, siempre las mismas, dejando por supuesto de lado el historiador y el geógrafo los rasgos accidentales que no hacen a lo científico, a lo digno de estudio de tales cuerpos geográficos o de tales figuras históricas.

Lo que se estudia en estos seres contingentes: río, montaña, personaje histórico, son —como ya dijimos— las características universales siempre idénticas a sí mismas que hacen que se pueda predicar de ellos los determinados rasgos esenciales que los identifican como unos y los mismos, y los ubica como originales en el tiempo y en el espacio.

En lo que se refiere al problema que se plantea respecto al relativismo o constancia de la verdad filosófica, muy bien hace nuestro filósofo en criticar al relativismo y al pragmatismo pues, como él mis-

mo dice: "El relativismo sostiene que cada período requiere su propia original filosofía: a nuevos tiempos, nuevo filosofar. La filosofía es un conjunto de convicciones puramente relativas a las necesidades de los pueblos, a las tendencias dominantes del momento, a los temperamentos de los filósofos. La verdad, por consiguiente, vale como tal únicamente para una determinada época"; y más adelante refiriéndose al pragmatismo agrega: "Para el pragmatismo la verdad es una simple hipótesis útil a nuestra vida. Lo verdadero es aquello que en tal momento y bajo tales condiciones o en tales circunstancias resulta provechoso y saludable"⁵.

Como dice nuestro autor, la verdad preexiste, no es una propiedad inherente a la idea. La verdad es reconocida o encontrada, no fabricada por nosotros. Esta filosofía de la verdad se funda en su doctrina del ser y atiende al aspecto ontológico de la verdad. En este punto, el Dr. Terán, llega a resultados que, si bien tienen como columna vertebral, los pensamientos de Aristóteles y Santo Tomás —encaminados por la senda de la filosofía realista— coinciden con la esencia de la verdad en otras direcciones del pensamiento contemporáneo como son las de: Sciacca; Heidegger; Marcel; Jaspers; etc.

La verdad, siempre la misma, va con el tiempo, abriéndose en nuevas direcciones, iluminándose en nuevas perspectivas que, hasta ese momento, permanecían oscuras. Estas distintas perspectivas no se niegan unas a las otras sino que son sólo diversas dimensiones de la única verdad que se va develando en el tiempo a través de la obra de los hombres que piensan.

Cada perspectiva puede aportar un nuevo y cierto punto de vista sobre la realidad. La verdad preexiste al ser inteligente que la creatura humana es; le toca a él descubrirla y no crearla, tarea que sólo le cabe a la Divina Perfección.

La verdad se va abriendo paso al ritmo de la duración como dimensión histórica que la va apoyando.

La verdad se desenvuelve temporal y espacialmente a través de la historia eslabonada en sistemáticas y fructuosas perspectivas que van dando forma progresivamente a la realidad, la cual es recreada a través del descubrimiento humano que es esencialmente finito y limitado.

La verdad se va develando fragmentariamente, porque el hombre, el único "ser-ahí" que puede ponerla en evidencia, es un ser

(5) TERAN, Sisto: **Aproximaciones a la Doctrina Tradicional**, pág. 5, Capítulo V, págs. 197-198.

contingente, un transeúnte de la historia. Sometido el hombre a la circunstancialidad que le toca vivir, solamente puede develar un aspecto de la verdad, en proporción a la esencialidad de su ser finito y limitado por naturaleza.

Esta teoría de la verdad de Terán, fundamenta su concepto de la filosofía como tarea que hace posible la elaboración filosófica a través del tiempo en el descubrimiento de la verdad. Además, si para Terán, la filosofía es sistemática, su sistema deja abierta la posibilidad para el descubrimiento de nuevos aspectos de la verdad.

3. — El problema del ser y su dimensión temporal.

Respecto a la dimensión temporal del ser afirma frente a Rouges, nuestro filósofo tucumano que: "Las partes del tiempo, precisamente porque sucesivas, porque llamadas a la existencia una después de otra, una en vez o en lugar de otra, no pueden coexistir en la realidad" ⁶.

No coincide esto con las conclusiones de Bergson, Heidegger, Husserl; etc., ni con los análisis del tiempo histórico en: Dilthey, Ortega y Gasset; etc.

El tiempo en cuanto a su nivel de duración implica sucesión ordenada. Lo que sucede es que, cada momento temporal tiene una dimensión abierta hacia el futuro y una dimensión abierta hacia el pasado.

El instante presente, por serlo, ya es futuro, en cuanto se sigue realizando dinámicamente continuando sin pausas en el tiempo. El momento presente se apoya ampliamente en la duración pasada, y al mismo tiempo lleva en potencia, implícito el momento posterior.

El presente sosteniéndose en el pasado inmediato, lo continúa, y es en acto ahora y aquí. Pero cuando comienza a ser momento presente, ya empieza a dejar de serlo para convertirse en pasado de un futuro que ya ha comenzado a ser en acto —desde el momento en que deja de ser pasado para ser propio presente abierto a la futuridad—.

"De facto", una parte del momento actual es pasado y otra parte es futuro, en sus límites extremos, pues está recorido por un presente en acto que, desde el pasado inmediato, tiende potencialmente hacia su propia dimensión de futuridad.

(6) TERAN, Sisto: **Cartas a Alberto Rouges**, Revista "Cuyo", N° 9, pág. 266.

La única forma de coexistencia posible, entonces, de la temporalidad, sería aquella en que entendemos al momento presente en el instante actual como sustentado por el soporte de un pasado inmediato en que se apoya, y como base imprescindible a su vez, de un futuro posible hacia el cual tiende.

4. — El problema de la relación: Arte-Filosofía

El Dr. Terán ha tocado el difícil problema que siempre implica la elaboración sobre la relación que existe entre el arte y la moral.

Nos dice nuestro filósofo: "...es posible observar con frecuencia cómo la inmoralidad entraña para la obra un grave perjuicio, afectando su belleza. Y se explica: la contemplación estética se debilita, se empobrece, cuando su celeste serenidad es turbada por emociones que no armonizan con ella, como pasa al ser ofendido el sentimiento moral. La impresión malsana que se desprende de una obra de arte inmoral, afecta negativamente nuestra admiración..."⁷.

Parecería que el autor considera que la admiración, la contemplación de la belleza debe ser pura en el sentido estético, es decir, serena.

De la obra de arte debe desprenderse un halo de serenidad que permita contemplarla sin que se empañe el sentido que la obra tiene ni las vivencias del lector.

Para Terán, entonces, la contemplación estética, se debilita cuando nuestras emociones son turbadas por fuertes pasiones engendradas por diversos caracteres que la obra puede ofrecer. Pero una obra que por su contenido y su visualización estética conmueva nuestras pasiones más hondas, puede ser tanto o más rica que otra en que la moralidad brille en primer lugar.

No siempre la serenidad implica belleza. La fuerza de un Dostoyevsky, puede elevar al hombre a través de la contemplación y comprensión de una belleza distinta: punzante, aguda, apasionada, y hasta siniestra. Frente a esta belleza, no podemos menos que dejar de abrir juicios a nivel ético para enfrascarnos en una trama vibrante que nos revela al genio recreador de las pasiones humanas que, el autor ruso en este caso resulta ser. La catarsis que en su contemplativa comprensión de la obra el lector realiza proyectando sus propias pasiones en la lectura, puede completar el sentido de la obra artística que, por esta misma doble recreación de la realidad, la primera del

(7) TERAN, Sisto: **Aproximaciones a la Doctrina Tradicional**, Capítulo 1, pág. 38.

autor, y la segunda del lector que con la obra se identifica, se enriquece al cobrar su completo sentido. Por esto mismo cuestionamos que: "Entre dos obras de arte que revelan igual perfección técnica, la que propone a la contemplación estética una referencia de modalidad, exigirá un trabajo de percepción más plenario y engendrará entonces un goce artístico más perfecto que aquella cuyo tema está desprovisto de esta conexión" ⁸.

El trabajo de percepción aludido por Terán, puede ser más rico y complejo en una obra en que el autor haya pasado por encima de su propia conciencia para dar libre curso a su vida interior inconsciente y por ende, a la fuerza de sus pasiones vivenciales, las cuales pueden ser los instrumentos que sirvan para expresar el mensaje más propio e irrenunciable que el autor se siente comprometido a volcar en su obra.

Como dice Terán, la obra literaria es positiva, sobre todo, cuando produce serenidad pero es muchas veces a través de la función catártica, que el lector realiza a través de su lectura cuando recién se produce, aquella serenidad. No siempre se desprende inmediatamente de la trama intrínseca de la obra misma. En este aspecto, Terán no coincide con el idealismo de Croce, por ejemplo.

No hay que excluir de la obra de arte el aspecto moral, como bien explica nuestro autor, pero no puede juzgársela básicamente por su aspecto ético.

5. — El problema de la relación de la filosofía con el deporte

Vemos en este punto, como el Dr. Terán, adelantándose a su época, da al deporte la importancia que le corresponde.

Hoy nos resulta gratificante releer sus palabras, pues nos hablan del sentido prospectivo con que nuestro autor pensó. Indiscutiblemente visionario, su pensamiento se identifica con las ideas orientadoras de nuestros días, las cuales buscan dar al hombre una formación integral que comprenda a la persona humana como una totalidad de alma y cuerpo.

Las enseñanzas y prácticas deportivas han salido a la palestra.

El lema es el mismo que Terán sostuvo: una mente sana en un cuerpo sano.

(8) TERAN, Sisto: **Aproximaciones a la Doctrina Tradicional**, Capítulo I, pág. 39.

6. — El problema de la filosofía política en Sisto Terán

Nuestro filósofo se muestra como un decidido defensor del sistema de gobierno democrático. Su línea de pensamiento no concibe la voluntaria hipocresía opresora de los totalitarismos ni la enmascarada forma de actuar de las pseudodemocracias sustentadoras de sofismas enarbolados como principios propagandistas que "enganchan" a los hombres incautos, crédulos, y hambrientos de justicia.

Despreciando la mala fe, el Dr. Terán a través de su palabra se yergue sin quererlo, en un ejemplo viviente del que da la cara. Para su sentido ético, es un deber natural, poner en evidencia la infamia. Lo sostiene su fe en el hombre y su fe en Dios. Sabe que su misión es develar, y cumple con su cometido declarando la igualdad y libertad de todos los hombres. Estos en cuanto creaturas sólo tienen el deber de bajar su frente ante el Creador.

Terán afirma la inviolabilidad de la conciencia y su respeto por el ser humano. Aquí sus palabras se convierten en una prédica.

El hombre de hoy encontrará en sus palabras el saludable hábito que necesita para reafirmarse en los derechos que le son propios pero no por esto menos discutidos a nivel social, donde la libertad humana se convierte generalmente — en manos de quienes sustentan el poder — en una abstracción generalizadora, cada vez más alejada del hombre de quien es esencial dimensión.

7. — El problema de la tradición y progreso en filosofía

Debemos subrayar como un aspecto positivo de su labor, la crítica que hace nuestro autor a la sociedad de su época y a la subversión de sus valores. Así dice respecto al carácter desinteresado que debe conllevar la filosofía: "De ese carácter desinteresado deriva cabalmente uno de los mayores obstáculos para su difusión en el mundo actual, adorador de Mammón, en el cual se ha subvertido la dependencia jerárquica de lo material o lo espiritual, pasando el dominio y regulación de la vida humana íntegra a las potencias económicas"⁹.

Aquí tenemos una clara crítica al positivismo imperante en su época, y al mismo tiempo una exaltación del espíritu que trabaja desinteresadamente en pro de su propia elevación.

Destaca Terán el carácter utilitario de su época, signado por el

(9) TERAN, Sisto: *Aproximaciones a la Doctrina Tradicional*, Capítulo II, págs. 69-70.

amor al dinero y a los valores materiales. Se busca la practicidad y se olvida nutrir al alma que también tiene sus vitales necesidades, incluso mucho más legítimas que aquéllas. He aquí un llamado de nuestro autor a la sociedad de su tiempo clamando por el retorno a la especulación libre, al desinterés pacífico, a la búsqueda de la verdadera riqueza cual es la espiritualidad.

Terán predica una vuelta a las fuentes, advirtiendo del latente peligro de la técnica que, ya agigantada, pugna por independizarse de sus raíces sin que el hombre advierta la vacuidad en que se sumergiría si esto ocurriera. La técnica existe desfondada al no poseer un ser substancial sino accidental en cuanto sólo responde a una dimensión creativa del hombre mismo.

Estas consideraciones de nuestro autor implican un ideal del hombre que conforma una Antropología más completa e integrada que las de los pensamientos ideológicos de nuestra época, que materializa al hombre.

8. — El problema de la labor filosófica como misión de vida

La obra del Dr. Terán significa, sobre todo, una revaloración renovadora de la más pura escolástica. No de aquella que representa nombres sino de una obra completa original y profundamente verdadera, que se ha conservado intacta a lo largo de los siglos.

La fundamental humildad de nuestro autor lo hace desear permanecer en la oscuridad como autor recreativo pues, según sus mismos conceptos, cuando la obra misma está terminada, se convierte en objetiva separándose de su autor.

No compartimos esta idea. Creemos nuestro deber destacar claramente la labor sincera, profunda, seriamente elaborada de este señor de la filosofía que, con su palabra certera y sin rebuscamientos inadecuados, hizo de la filosofía su modo de vida al vivirla por dentro pacientemente.

Importante nos parece destacar también que, en su tarea ardua y solitaria, no quería que su obra tuviese como destino el manejo aristocrático de unos pocos entendidos.

El Dr. Terán quería humanizar la filosofía; su anhelo era repartir entre todos y cada uno de los hombres-pueblo la luz develada, la riqueza del tesoro encontrado tras penosos esfuerzos.

Su conciencia misionera sentía a cada creatura humana como prójimo, de aquí su afán de fraternidad iluminadora.

El quiso repartir sus esfuerzos y, por ende, repartirse; es que no

podemos olvidar que nunca perdió de vista, que el hombre es hermano del hombre y el que tiene mayor grado, es el que más debe dar. Por eso compartir el trozo de pan de la sabiduría que el Señor le otorgara fue constantemente, honda preocupación de su espíritu comprometido consigo mismo. El sí, fue realmente fiel a su esencia humana —inteligible y responsable—.

Al asumir ese compromiso de fidelidad autocreadora, asumí también el libre compromiso de decirle "sí" a Dios, a través de la respuesta fecunda de su vida dedicada.



B I B L I O G R A F I A

- TERAN, Sisto: "Coriolano Alberini - In Memoriam", en Revista "Sapientia", año XV, N° 58, 1960, Univ. Católica Argentina Santa María de los Buenos Aires, págs. 286 a 397.
- TERAN, Sisto: "Aproximaciones a la Doctrina Tradicional", Edit. "La Facultad", Buenos Aires, 1935, pág. 402.
- TERAN, Sisto: "Superioridad de la Filosofía sobre las demás Disciplinas Humanas desde el punto de vista de la Ciencia Misma", en Revista "Ortodoxia", N° 4, Edit. FIDES, Buenos Aires, 1945, pág. 486.
- TERAN, Sisto: "Notas sobre la Realidad de las Facultades del Alma", en Revista "Ortodoxia", N° 7, Impreso por Francisco A. Colombo, Buenos Aires, 1944, pág. 349.
- TERAN, Sisto: "Religión y Democracia", en diario "El Mercurio" de Tucumán, 14 de diciembre de 1956, Tucumán.
- TERAN, Sisto: Separata de la Introducción: "Un Tercer Cuaderno" de Ernesto Padilla, Universidad Nacional de Tucumán, Facultad de Filosofía y Letras, 1962, pág. 40.
- TERAN, Sisto: "Acerca de las Conmemoraciones Centenarias", artículo para: "La Prensa" de Bs. As., Tucumán, 1966. Publicado 8-V-66.

- TERAN, Sisto: "Groussac en el Plata", para la: "La Prensa" de Bs. As., Tucumán, 1966, publicado 27-II-66.
- TERAN, Sisto: Carta de Sisto Terán a Alberto Rouges, en Revista "Cuyo", N° 9. Anuario de Historia del Pensamiento Argentino, Instituto de Filosofía, Universidad Nacional de Cuyo, 1973. (Carta escrita en Tucumán el 23-IV-43).
- TERAN, Sisto: "Vélez - Virgilio", artículo, Tucumán.
- CATURELLI, Alberto: "La Filosofía en la Argentina Actual", Edit. Sudamericana, Bs. As., 1971, pág. 373.
- PRO, Diego F.: "Alberto Rouges", Imprenta de Universidad Nacional de Tucumán, 1967, pág. 268.
- TORCHIA, ESTRADA, J.: "La Filosofía en la Argentina", Edit. Estela, México, 1961, pág. 305.
- FARRE, Luis: "Cincuenta años de Filosofía en la Argentina", Edic. Peuser, Bs. As., 1958.
- TERAN, Juan B.: "El nacimiento de América Española", Talleres de Miguel Violetto y Cía., Tucumán, 1927, pág. 338.
- GUTIERREZ, Juan María: "Origen y desarrollo de la Enseñanza Pública Superior en Buenos Aires", L. J. Rosso y Cía. Impresores, 2ª ed., Bs. As., 1915, pág. 645.
- FURLONG, Guillermo: "Nacimiento y desarrollo de Filosofía en el Río de la Plata: 1536 - 1810", Edit. Guillermo Kraft, Bs. As. 1952.
- BORDA, Manuel Lizondo: "Historia de Tucumán (siglo XIX)", Tucumán, 1948.
- RICCI, Teodoro Ricardo: "Evolución de la Ciudad de San Miguel de Tucumán", Ediciones Sesquicentenario, Univ. Nac. de Tucumán, 1967, pág. 135.